

Entre cerros y montañas

Memorias de resistencias en Quinchía, Colombia

Alberto Antonio Berón Ospina
Juan Pablo Arciniegas Martín
Isabel Cristina Castillo Quintero
Jefferson Jaramillo Marín



Entre cerros y montañas

Memorias de resistencias en Quinchía, Colombia

Alberto Antonio Berón Ospina
Juan Pablo Arciniegas Martin
Isabel Cristina Castillo Quintero
Jefferson Jaramillo Marín



Ediciones
desde abajo



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Entre cerros y montañas. Memorias de resistencias en Quinchía, Colombia

Alberto Antonio Berón Ospina
Juan Pablo Arciniegas Martín
Isabel Cristina Castillo Quintero
Jefferson Jaramillo Marín

Agosto 2020

Ediciones desde abajo
www.desdeabajo.info
Bogotá D. C., Colombia

ISBN 978-958-5555-34-1

Fotografía de portada:
Cerro de Batero o Cerro de Karambá que significa “piedra alta y dura”
José Fernando Marín Hernández

Diseño y diagramación: Difundir Ltda.
Carrera 20 N°45A85, telf.: 345 18 08

El conocimiento es un bien de la humanidad.
Todos los seres humanos deben acceder al saber,
cultivarlo es responsabilidad de todos.

Se permite la copia, de uno o más artículos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Índice

Dedicatoria	11
Prefacio	
Quinchía: la defensa histórica de lo común	15
I. Quinchía: afirmando la vida y defendiendo la tierra	19
El contexto municipal	20
El conflicto.....	23
El papel del recuerdo.....	24
La fuerza del relato mítico y la apuesta por la paz entre montañas.....	25
La artesanía investigativa.....	26
A manera de cierre y aperturas.....	30
II. Chucho agua y la defensa de los recursos naturales	
Primeros pasos hacia el liderazgo político y comunitario	33
El pueblo de Quinchía se moviliza ante la crisis cafetera: primeros triunfos	35
Las batallas contra el boom minero: la defensa de la vida y el territorio	37
Los obstáculos que hay que esquivar debido a las dinámicas del conflicto armado.....	38
El día en que capturaron al pueblo	39
Nosotros no somos limosneros, somos cafeteros: Viva el Paro Nacional Cafetero de 2013	40
III. Los Ibarra y la sobrevivencia del pequeño campesino	
Caminando por el cementerio, nos encontramos con la mítica tumba del “Capitán Venganza”	43
Con lo que nos daba la tierra sobrevivíamos en un recodito	44
De la violencia por los colores a los camuflados ocultos entre las montañas	46
Como en la era de la violencia bipartidista, mi familia y yo nos volvimos a desplazar	47
Hay que hacer de tripas corazón.....	48
IV. El empresario minero a disposición del pueblo	
Los pasos por Quinchía: huellas del liderazgo político	51
Será más fácil unir a pequeños que a grandes.....	53
Y esa pequeña empresa familiar empezó a derrumbarse de a poco, por las balas, los muertos y la guerra.....	54

No ha sido fácil sobrevivir en Quinchía, pero yo sigo persistiendo: un nuevo proyecto bañado en oro	56
El por qué del reconocimiento como un “papá” en Quinchía	58
V. Amparo, “Amparito”: cómo ser mujer en el campo	
¿Qué hacer ante la certeza de la muerte?	61
Lucía, nada más amado que lo que perdí	63
El poblamiento del barrio José Antonio Galán	64
Por la vecina me enteré de mi madre	65
Cinco segundos de catarsis en el escenario	66
VI. Querida Olga: una carta de amor por la cultura	
Tomando fotos me saqué la espinita con el profe Maldonado	69
Mi encuentro con Cirso	70
Siendo profesora en un colegio distrital aprendí de la vida de mis estudiantes	71
¿¡Qué fue esto en lo que me metí!?	
Máximo dos años para saber si esta es mi profesión	73
Por hoy: actuando en memoria de Hernando	74
VII. Los Trejos Ladino: memorias que perduran sobre las hazañas del capitán “Venganza”	
Medardo era pura rebeldía.....	77
Era de esa gente que no decía que no	78
Medardo tenía sus propias leyes: la juventud fue lo que lo mató	79
VIII . Las voces de la tierra: las gentes de Escopetera y Pirza	
Mi padre se fue a la “paila mocha” por ser pobre.....	83
La encíclica que calló en mis manos y mi encuentro con la Teología de la Liberación.....	84
Ojalá en las escuelas se enseñara algo sobre Pedro Pascasio.....	85
La historia de la Casa Escopetera y Pirza: producir desde nuestro saber.....	87
Entre la guerra y la paz fuimos construyendo comunidad.....	89
Jaibaná, parteras y curanderos: voces de espiritualidad	91
De regreso a la extrañeza de aquel domingo	93
IX. Don Alfredo Cardona, el cronista de Quinchía	
La rebeldía de un pueblo	95
Un 28 de marzo de 1948, la violencia bipartidista nos entró.....	97
Desde el Líbano, Tolima, llegó a estas tierras la resistencia liberal.....	98
En búsqueda de la paz con Medardo huyendo	100
Glosario	103

Índice de imágenes

Imagen 1. “El emblemático Cerro Batero”	13
Fotografía, José Fernando Marín H. (2018).	
Imagen 2. “El baúl de los recuerdos”	27
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 3. “Devolución sistemática”	29
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 4. “Chucho agua”	35
Fotografía, José Fernando Marín H. (2018)	
Imagen 5. “Caminando por el camposanto”	50
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2019).	
Imagen 6. “Camino a la mina”	60
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2019).	
Imagen 7. “Cinco segundos de catarsis en el escenario”	67
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 8. Actuando en memoria de Hernando	76
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 9. “La Tumba de Venganza”	81
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 10. “La voz de la tierra 1”	87
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 11. “La voz de la tierra 2”	89
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 12. “Construyendo comunidad”	91
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 13. “El cuaderno del historiador local”	96
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	
Imagen 14. “Don Alfredo, el cronista de Quinchía”	99
Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).	

*A los pobladores de Quinchía y del noroccidente de Risaralda,
por la generosidad de sus historias.*

*Los relatos recogidos en este libro fueron escritos a partir de hechos
reales narrados por sus protagonistas o testigos de estos;
se publican con fines académicos y pedagógicos.
Algunas personas nos han solicitado mantener
confidencialidad de sus identidades.*

*En su construcción contribuyeron, entre otras personas,
Jesús, Olga, Amparo, Emérida, Alfredo,
los mayores indígenas del resguardo Escopetera y Pirza.*

*A la memoria de Alfredo Molano, quien nos enseñó que la gente común
no habla en conceptos complejos a menos que quiera esconderse.*

Dedicatoria

Dedicamos este libro a la memoria de don José Silverio Arias Rivera, quien estuvo cerca de nosotros en todo este proceso. A las mujeres y los hombres de un territorio lleno de historias y gentes orgullosas de su legado, encarnados en la alegría de Silverio.

A Ómar Antonio Ramírez, director de la Casa de la Cultura; Jorge Albero Uribe, exalcalde del municipio de Quinchía; Raúl Gutiérrez Caro, etnoeducador; Reina Sánchez, actriz y maestra; José Fernando Marín Hernández "El Flaco"; Alejandro Ugarte, educador; Balthazar Trejos, Leyson Ibarra, Roberto Lema, Edier Trejos, Alfredo Cardona Tobón memoria viva del municipio. Los actores y las actrices de la obra ¡Por hoy, relatos en tiempos de paz!: Claudia Hortensia, Amparo Herrera, Brayan Felipe Marín, Claudia Azucena Batero Gomes, Claudia Patricia Trujillo Espinoza, Elizabeth Ruiz Chaurra, Faber Andrés Becerra Rendón, Gloria Eunice Palacio Cano, Jaiber de Jesús Ladino Guapacha, Jennifer Viviana Ángel Castro, Juan Camilo Trejos, Juan Esteban Ospina, Karen Yulieth Agudelo, Ligia Arboleda, Lina Vanessa Arce Valencia, Luciana Gómez Palacio, Luz Helena Reyes Soto, Luz Marina Ortiz O, María del Socorro Castro Lema, Michel Alejandra García Ladino, Miguel Ángel Estrada Trejos, Nilfa Ramírez, Olga Lucía Carrillo Rojas, Santiago Yepes G, Valeria Batero Obando, Vanessa Alexandra García Ruiz, Yeimy Yohan Rendón Trejos; al Grupo de cuerdas "Pulsadas", de la Casa de la Cultura, así como al director José Luis Cañas García; al Café Luz y su figura tutelar, don Gilberto Cano; a Soffyss Coffe y la Tienda del Mono, lugares donde hemos departido y escuchado relatos de vida. A los mayores, mujeres y hombres del resguardo de Escopetera y Pirza; a Leidy Johana Ruiz Chamorro, quien nos ofreció los manjares de su pueblo; a Diana Lucia Marín Trejos, a todos y cada uno de quienes hemos tenido el placer de conocer y escuchar. Cada quinchiano es una cajita de relatos y experiencias.

Igualmente, a los estudiantes del curso de Estado y Desarrollo de la Javeriana y al profesor Henry Salgado, del departamento de Sociología de esta institución, por contribuir con la lectura y la socialización de un manuscrito preliminar en Quinchía. Finalmente, a los estudiosos del conflicto y la paz del Instituto Colombo-Alemán para la Paz (Capaz) Stephan Peters, Thomas

Otto Fischer, Claudia Maya y Juliana González por apostar a los procesos de paz en nuestra región. Igualmente, a la Vicerrectoría de Investigación, Innovación y Extensión de la Universidad Tecnológica de Pereira, a la Maestría en Historia, a la Facultad de Educación y a la Licenciatura de Etnoeducación de esta universidad. A la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y la Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt, de Alemania.



Imagen 1. "El emblemático Cerro Batero". Fotografía, José Fernando Marín H.(2018).

Prefacio

Quinchía: la defensa histórica de lo común

En el Acuerdo de Paz firmado en 2016 se introdujo la figura política y jurídica de la “Paz Territorial”. Con esta expresión se reconoció que en Colombia no se debe hablar de un solo conflicto sino de una multitud de confrontaciones que requieren diversidad de soluciones en distintos niveles. Si se quiere la paz en gran escala, se deben gestionar y transformar los problemas locales con la participación directa de las comunidades y las organizaciones territoriales. Son los habitantes de las regiones, municipios, veredas y otros lugares, desde sus saberes, prácticas y acumulados, quienes pueden aportar a la transformación. Sabemos, no obstante, que en Colombia la paz requiere el concurso de muchos otros actores y factores.

La Historia, mi lugar de enunciación disciplinar, asume que para lograr dignidad y felicidad se necesitan unos ingredientes adicionales: conciencia e identidad. Un componente de suma importancia para construir identidad es asimismo la memoria. La memoria se construye, otorgándole sentido al pasado en el presente, y ello es el combustible con el cual se construye el futuro. La memoria rescata los comienzos, los momentos fundadores, las tradiciones, los desarrollos, las reformas y las rupturas. En esta memoria también tienen su lugar momentos de grandes sorpresas, los eventos de gloria, los desastres y las tragedias.

Dicen que la historia oficial es la elaborada por los vencedores, y en Colombia, normalmente, la gente del común no entra en esta historia, no está representada, no se siente reconocida por ella. Puede que una determinada población se vea conectada con uno u otro actor político local o con una circunstancia comunitaria, pero a menudo le resulta difícil identificarse con el Estado nacional o con los hechos que acontecen en ese nivel: se sienten ajenos, desconectados, poco comprendidos, mal representados.

De esto nos dimos cuenta en nuestros viajes a Quinchía, Risaralda. Los referentes para la gente con la que conversamos son ante todo el munic-

pio, la vereda, tal vez Pereira –la capital del departamento– y alguna otra institución de formación profesional o de financiación de proyectos en otra parte del país, pero –salvo quienes emigran, que no son pocos– la vida diaria transcurre en Quinchía. Es allí, entonces, donde se produce la identidad individual y colectiva.

Entre montañas y cerros se encuentra este municipio cuyo pasado, para un historiador, sería relativamente joven pero provisto de mucha riqueza por todo lo que allí confluye. Por ejemplo, los procesos de colonización y los choques y encuentros de los blancos y los mestizos con pueblos indígenas. Se le reconoce como parte del Eje Cafetero –aunque el café ya no dé para sobrevivir– y como un municipio protagonista de todo tipo de contiendas. La historiografía ha reiterado que una de las particularidades de Colombia es el conjunto tanto de procesos democráticos como de violencia política, y de esto encontramos mucha evidencia en Quinchía. También observamos que –a pesar de todo– dentro de la sociedad civil hay un fuerte sentido comunitario.

¿Cómo se teje la convivencia? ¿Cómo se produce la cohesión social a pesar del conflicto? ¿Cómo se construye sentido comunitario? Este tipo de preguntas nos planteamos al comienzo de nuestros viajes a Quinchía a partir del año 2018. Nuestro guía local y fuente de inspiración para adentrarnos en torno a ellas fue el profesor Alberto Antonio Berón, vinculado con la Universidad Tecnológica de Pereira (UTP). Su conocimiento de varios años sobre la región, así como los vínculos de confianza que ayudó a construir con la comunidad, fueron elementos centrales para el desarrollo del proyecto. En este proceso fue también clave la presencia de la filósofa Isabel Cristina Castillo, vinculada con la misma UTP. Su artesanía documental y fotográfica, así como su fina observación, facilitaron mucho el tejido con las personas. De otro lado, la participación de la actriz y pedagoga de teatro Reyna Sánchez permitió que tales vínculos fueran explorados a través de la fuerza del teatro. Por supuesto, cabe mencionar también a Jefferson Jaramillo Marín, profesor de sociología de la Pontificia Universidad Javeriana, sede Bogotá, con su tremenda energía y sus ideas originales, así como la acuciosa presencia del sociólogo Juan Pablo Arciniegas, quien además desarrolló su tesis de pregrado en el marco de este proyecto.

Como historiador de la Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt, Alemania, tuve la fortuna de acompañar en dos ocasiones a este grupo y conocer de cerca el proceso adelantado sobre el territorio. Hoy ratifico que a nosotros

no solamente nos unía el deseo de cooperar en este proyecto sino igualmente la posibilidad de compartir experiencias y percepciones con los pobladores de Quinchía. Es decir, en ningún momento queríamos apropiarnos de su memoria sino impulsar y apoyar un proceso de transformación desde el recuerdo, donde ellos fueron sus protagonistas.

Dado que la construcción de identidad es fundamental para la condición humana, el acercamiento a Quinchía y la exploración de las memorias de determinadas personas en el municipio nos arrojó algunas pistas en clave de lo que ya en su momento diría Maurice Halbwachs: i) el pasado es imprescindible para construir y fortalecer los procesos de identidad de los individuos, ii) si bien cada individuo recuerda y conmemora por sí mismo, existen contextos, entornos, procesos, vehículos y dinámicas que potencian las comunidades de memoria. En todo ello ha sido decisivo el rol jugado por la Casa de la Cultura, el cementerio, la Plaza de la Paz, y el paisaje verde y montañoso en el que sobresale el emblemático cerro Batero, las fiestas y otros rituales. Estos y otros componentes son vehículos que activan la memoria y le dan a la vida diaria un sentido comunitario.

Llaman la atención las líneas divisorias y los momentos difíciles y conflictivos por los que atravesó esta población, piezas de un gran rompecabezas de la memoria local: en el museo de la Casa de la Cultura se guardan restos arqueológicos de este pasado. Además, un busto del “Capitán Venganza”, así como uno de Jorge Eliécer Gaitán. Mediante un mural se nos recuerda de la violenta incursión militar del gobierno en 2003. Sabemos que es más difícil recordar el pasado, que duele, separa y causa rencores, que los tiempos, momentos, eventos y personajes gloriosos y/o alegres. Pero también sabemos que el silencio no es una solución para construir convivencia sólida y espíritu comunitario, que son la base de la paz.

En este libro de relatos, ahora en manos de los lectores, ese rompecabezas se alimenta y fortalece desde una diversidad de voces: entre ellos viejos y jóvenes, campesinos, madres, líderes sociales, indígenas, una maestra y un minero. Estas personas han compartido generosamente lo vivido, sus hitos y sus miedos, sus dolores y sus esperanzas, los que hoy forman estos relatos de vida. Estas piezas de un mosaico mucho más grande son significativas para comprender y matizar este pasado territorial tan complejo de Quinchía. Ojalá, para las generaciones que habitan este bello territorio, esta colección de relatos sea un impulso para seguir el camino de la documentación, la

interpretación y la transformación del pasado en un presente en el cual imperen el respeto y la dignidad.

Thomas Otto Fischer
Profesor titular de la Universidad Católica Eichstätt-Ingolstadt, Alemania
Junio 2020

I. Quinchía: afirmando la vida y defendiendo la tierra

Este libro¹ se enmarca en dos circunstancias centrales para el país en sus dos últimas décadas: *la memoria histórica de las víctimas* y los procesos de *construcción de paz*. Siendo consecuentes con ese arco temporal, tratamos de desarrollar un ejercicio que no se adscribiera solo a los relatos de victimización a través de hechos aciagos, ni que fuera únicamente el acercamiento social y cultural a una comunidad que reivindica la paz. Por el contrario, los relatos hablan de una población ubicada en el corazón del país, cuya principal estrategia es afirmar la vida y defender la tierra durante más de un siglo, y donde la memoria y la paz han cumplido un papel destacado.

Es así como el mismo no habría podido desarrollarse sin los recuerdos, el tiempo y la presencia de diversos hombres y mujeres con los que compartimos saberes en la Casa de la Cultura de Quinchía, con el apoyo de Omar, su director. Para ellos y con ellos hemos desarrollado el presente escrito.

Este libro tiene el propósito de ser leído y discutido *en voz alta* por quienes participaron directamente del proceso investigativo, así como por la comunidad municipal y regional. No tiene la pretensión de ser una historia completa, sino una contribución pedagógica a la activación de un mosaico de memorias que deberán seguirse aperturando en el territorio. La investigación que da lugar a los relatos nació de una convocatoria realizada por el Instituto Colombo-Alemán para la Paz (CAPAZ) de la cual fuimos partícipes tres universidades, dos de Colombia y una de Alemania: la Universidad

1 Es resultado del proyecto *Persistencia de vínculos comunitarios y construcción de procesos de Memoria y Paz. El Caso Quinchía en el Departamento de Risaralda* con código CIE 4-18-7, adscrito a la Vicerrectoría de investigaciones de la Universidad Tecnológica de Pereira y coordinado por el profesor Alberto Antonio Berón. Los coinvestigadores fueron, los profesores Jefferson Jaramillo Marín, por la Pontificia Universidad Javeriana y Thomas Fischer por la Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt. El proyecto fue financiado por el Instituto Colombo-Alemán para la Paz (CAPAZ). También participaron, como jóvenes investigadores, Juan Pablo Arciniegas, sociólogo de la Pontificia Universidad Javeriana e Isabel Cristina Castillo, estudiante de la maestría en Filosofía de la Universidad Tecnológica de Pereira.

Tecnológica de Pereira, la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá) y la Universidad Católica de Eichstätt -Ingolstadt.

El proyecto “Persistencia de vínculos comunitarios y construcción de procesos de Memoria y Paz” fue presentado originalmente el 30 de agosto de 2018 en la Universidad Tecnológica de Pereira y un mes después fue socializado en el territorio de Quinchía con representantes de su Alcaldía y de su Casa de la Cultura, iniciando en el mes de octubre un trabajo de activación de la memoria bajo la técnica de la historia oral con líderes del municipio, construyendo con ellos una línea del tiempo de lo acontecido a lo largo del siglo XX y comienzos del XXI.

Junto a la acción de reunir una serie de voces representativas de los habitantes, se seleccionaron los posibles ejercicios encaminados a la construcción de paz. Se contemplaron varias propuestas y finalmente la comunidad eligió un ejercicio teatral titulado “Por hoy: relatos en tiempos de paz”, a través del cual fue posible recrear un relato común a la mayoría de los hechos de violencia ocurridos en el municipio.

Es este trabajo metodológico previo el que permite afirmar que los relatos *de vida*, la construcción colectiva de *la línea del tiempo* y el ejercicio teatral fueron los canales por medio de los cuales se generó el proceso de activación de la memoria. En ese ejercicio nuestra apuesta giró sobre la idea de que la iniciativa de paz podía ser una cadena compartida por varias generaciones para, de este modo, acercarse a una serie de eventos acontecidos en los primeros años del siglo XXI y que dejaron una honda huella en la población. Bajo esa perspectiva investigativa fuimos reconociendo cómo algunos de los entrevistados relacionaban violencias presentes y pretéritas, como si hubiese clara conciencia de la continuidad entre estos eventos, a pesar de las décadas que los separan.

El contexto municipal

El municipio de Quinchía se encuentra a 110 kilómetros de la capital del Departamento de Risaralda, Pereira, en medio de una zona de cerros y montañas surcadas por numerosas quebradas que fluyen del río Opiramá al río Cauca. Su principal cerro lleva por nombre “Batero”, que en lengua indígena significa piedra dura y alta. Su superficie es de 149 kilómetros cuadrados. Según las narrativas de las comunidades indígenas, el conquistador Jorge Robledo llegó a la zona en el año 1539 encontrando al menos 15.000 habi-

tantes. Posteriormente y debido a los efectos de la conquista la población se reduce, se propician éxodos y llegan al territorio familias de diverso origen las cuales van elaborando, a partir de su intercambio lingüístico, una lengua conocida como “umbra”.

La creación oficial del municipio se produjo en el año 1819, integrando en un primer momento el joven Departamento de Caldas, para luego ser acogido en 1968 por el recién creado Departamento de Risaralda. Pero para llegar a municipio vivió un largo recorrido: en 1851 tomó cuerpo como resguardo indígena. En 1870 fue creado como distrito y en 1888 se le trasladó a un nuevo asentamiento. Precisamente en 1948 coinciden la liquidación del resguardo indígena con una masacre contra su población llevada a cabo el 28 de marzo en su plaza central. La masacre provocó la huida del municipio de los ciudadanos adscritos al liberalismo, desplazamiento que terminó por favorecer la llegada de empresarios que buscaban la adquisición de tierras a muy bajo precio luego de la liquidación del resguardo indígena.

La población del municipio se encuentra compuesta por aproximadamente 33.816 habitantes. Cuenta con una comunidad indígena de 10.542 personas adscritas a los cabildos Embera Chami y Embera Carambá, así como a los resguardos Escopetera y Pirza.

Su economía ha girado alrededor del café, la caña de azúcar, el cacao y la minería en pequeña escala, mientras la propiedad de la tierra ha sido mayoritariamente minifundista. Desde el año 2000 el proyecto de minería a gran escala ha movilizado los intereses de desarrollo local, propiciando profundos cambios en la cotidianidad de su población así como división de intereses alrededor del tema.

Las narrativas activadas en esta investigación describen al municipio como una zona liberal inmersa dentro de una región conservadora. Esta interpretación hace parte de los relatos comprensivos de la violencia bipartidista, donde figuran personajes célebres como el “Capitán Venganza”, el “Sargento García” y la “Aviadora” y las narrativas insurreccionales heroicas de los años cincuenta. Esta interpretación pareciera ser parte de una *memoria mítica* evocada en el presente por sus herederos a través del imaginario colectivo. A finales de la década de los años cincuenta, la región caldense fue una de las más afectadas por la *Violencia*. Fruto sangriento de ese fenómeno, fue la emergencia de cuadrillas armadas en las veredas. Como respuesta la Igle-

sia, en cabeza del arzobispo Baltazar Álvarez Restrepo, responderá con un llamado a la paz a través de las parroquias, de los medios de comunicación y por medio del movimiento de “los cursillistas” –un espacio formativo de los jóvenes para contribuir al cese de las acciones de sangre–. La llegada al municipio de un grupo de religiosos provenientes de la provincia de Burgos –España– también fue parte del papel de la Iglesia Católica en su búsqueda por contribuir al “proceso de pacificación” a través de la promoción del estudio y del deporte. Acciones lideradas por el padre Torti en esa dirección son parte de la memoria colectiva.

El decreto No 165 de mayo de 1958 elaborado por la Junta Militar de gobierno creó la *Comisión investigadora de las causas y las situaciones presentes de la violencia en el territorio nacional*. ¿Qué motivó la decisión de una comisión de visitar a la población de Quinchía? El periódico *El Tiempo* de Bogotá publicó un reportaje donde explicaba cómo los comisionados visitaron los pueblos de Anserma y de Riosucio llevando el mensaje de paz del Frente Nacional, y también narra cómo el 29 de junio se dirigieron a la municipalidad de Quinchía.

La década de los años setenta se considera una época importante para el municipio por el fortalecimiento de las organizaciones comunitarias y la consolidación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos. Entre sus promotores estuvieron Roque Aricapa, Jorge Uribe, Octavio Rendón, Octaviano Trejos, Francisco Espinoza, Juan de la Rosa Gómez, Alejandro Utima y Argemiro Trejos. De este proceso surgirán comités veredales y una gran participación de estudiantes de Pereira y Manizales.

Tras la creación de las escuelas y colegios de carácter laico en la década de los años sesenta, llegará la influencia del Sindicato de Educadores de Risaralda –SER–, la presencia de alguna célula de la Juventud Comunista y el papel fundamental de la Casa de la Cultura del Municipio creada en 1977 y convertida en un referente para los jóvenes del municipio. Sus salones, así como el teatro, representan las huellas de una memoria oculta entre sus cerros.

No se trata de un entorno separado a gran distancia de un centro urbano o inmerso en una geografía inhóspita. No. Quinchía se encuentra a un poco más de dos horas de dos capitales del departamento, en medio del denominado “paisaje cultural cafetero”. No ha sido un territorio de agudas diferencias sociales entre sus habitantes por causa del latifundio o de unas radicales

diferencias de clase. Su economía la caracteriza el micro-minifundio. Tampoco se trata de un contexto donde exista una población infantil o juvenil desescolarizada. Pero, entonces, ¿por qué el municipio se transformó en una zona caracterizada por la violencia a principios del siglo XXI en el departamento de Risaralda?

El conflicto

Entre los años setenta y ochenta del siglo XX Quinchía vivió importantes experiencias de carácter social y comunitario, producto del desarrollo de la economía cafetera impulsada desde la primera mitad del siglo XX. Fue el momento también de la emergencia de organizaciones políticas, sociales y campesinas conectadas a la totalidad del país a través de las luchas sociales de la década de los años noventa, después de la llamada crisis de la economía cafetera que afectó a varios municipios del departamento de Caldas y Risaralda, entre ellos Quinchía. Las extorsiones y secuestros contra propietarios en todo el país caracterizan esa segunda mitad de la década de los noventa y se empieza a visibilizar un tipo de víctima: *el secuestrado*, que servirá de justificación a las políticas antisubversivas.

Precisamente, en un periodo más reciente, la memoria colectiva vuelve a activarse en el municipio a través de la llamada “Operación Libertad” ejecutada en el año 2003 por el gobierno colombiano contra decenas de personas acusadas de ser colaboradores del Ejército Popular de Liberación (EPL). Ese acontecimiento y sus consecuencias aparecen en el imaginario colectivo como una “marca” de un pasado que no se quiere repetir. El primer periodo del gobierno de Álvaro Uribe, específicamente el primer año de su gobierno, coinciden con esa acción.

Catorce años después, en la memoria de muchos de sus habitantes, continúan retumbando los sonidos del avión fantasma, las botas y las armas del ejército patrullando en la madrugada del domingo-lunes cada calle del pueblo, llegando hasta las veredas, despertando el ladrido de los perros de las fincas, golpeando las puertas y preguntando por el nombre de un padre, de una madre, de un hijo, acusados de ser cómplices del Ejército Popular de Liberación.

Desde la iglesia de San Andrés se recuerda el despliegue del Ejército, de policías y fiscales en la madrugada, improvisando en su acera una parafernalia de armas, boletas de captura, detenciones en las casas de los lugareños

en el casco urbano y en las veredas. La *Plaza de la Paz* se transformó en un enorme escenario de detenidos, quienes eran sacados de sus camas y conducidos a los camiones militares, donde los fiscales empezaban la formulación de cargos. Durante esos años las puertas del templo recibieron, semana tras semana, los desfiles de féretros con los cuerpos de esposos e hijos quinchieños asesinados por bandas autodenominadas contrainsurgentes que ejercían “justicia” por propia mano y que decían pertenecer a las Autodefensas Unidas de Colombia.

El papel del recuerdo

¿Qué recuerdan y cómo activan su memoria determinados habitantes de una comunidad históricamente afectada por la violencia? Lo que hemos encontrado en el camino es un gran deseo de la gente por recordar lugares, líderes y procesos de transformación a través de diversas temporalidades que viajan en momentos sustanciales de la historia del país.

El “deseo de hacer memoria” se entiende como la capacidad de reconocer una memoria de resistencia oculta entre montañas y cerros donde los testimoniantes son conscientes de elementos comunes entre quienes están vinculados con el territorio. Por ejemplo, cuando Quinchía fue un resguardo indígena (hasta 1948) –un referente decisivo tanto ayer como hoy– en lo que puede ser el proceso de construcción de las identificaciones culturales de Quinchía.

¿Por qué los agentes de violencia históricamente han pasado y se han insertado en Quinchía, dejando su particular cuota de horror? Sus riquezas naturales y mineras han atraído a diversos actores, entre ellos: conquistadores en siglo XVII, empresarios antioqueños en 1948 quienes aprovecharon el fin del resguardo y en la actualidad las grandes multinacionales. Los habitantes de Quinchía han defendido lo que consideran propio. Esta resistencia se expresa con la *oralidad* desde los pueblos indígenas.

Las tensiones entre la *memoria colectiva* y la *memoria individual* funcionan como base de los relatos contruidos y se traducen en una experiencia significativa de vida. En el presente escrito, el relato histórico y la historia oral se cruzan con el propósito de ofrecer luces sobre una población olvidada e “incómoda” para las élites, debido a sus identificaciones políticas endógenas.

Los relatos revelan una comunidad que cuenta con una experiencia social, cultural, histórica que para ellos tiene un profundo valor intrínseco, el mismo que ha sido puesto a prueba en distintos momentos de su historia, sin embargo, las memorias individuales de dolor, esperanza y transformación parecieran agruparse bajo la forma de una memoria colectiva de resistencias cotidianas.

Cuando se aborda un lugar golpeado por la guerra es posible que evoquemos las imágenes de poblados asolados por la devastación, centros en ruinas, extensos cordones de marginalidad, humo saliendo de altas torres bombardeadas o campos resecos con fincas campesinas abandonadas. Pero las huellas del daño no se presentan siempre de la misma manera, y Quinchía es uno de esos lugares dónde la guerra no dejó esos mismos paisajes, donde graves acontecimientos se han camuflado entre la belleza del territorio, el verde intenso pigmentado de cafetales, el clima benigno, las fuentes potables de agua, así como la amabilidad de los habitantes, y un pasado y presente indígena resistente.

La fuerza del relato mítico y la apuesta por la paz entre montañas

Los pobladores de Quinchía están acostumbrados a defenderse de la adversidad recurriendo a sus mitos. Conocemos poco acerca del papel del mito en cuanto a su aporte a la constitución de una memoria cultural en esta zona del país, pero escuchando a la comunidad, el valor que le otorgan a estos es indudable. En ellos emergen los cerros tutelares, especialmente el conocido como Batero, icono turístico del municipio; también un cacique indígena de nombre Xixaraca, símbolo del liderazgo y la resistencia del pueblo Embera. Está presente “Michua”, diosa del valor y la guerra, y Quinchía misma, nombre proveniente de “Quincho”, una guadua con la cual los nativos construyeron casas para vivir y lanzas para cazar.

Como los habitantes de la tierra de “Guacúma” son conocidos los oriundos del municipio que se conciben a sí mismos como defensores del derecho a ser propietarios de su tierra, convicción que los ha llevado a enfrentar con valor a conquistadores, colonos, hacendados, bandidos y empresarios que históricamente han querido tener dominio sobre un pueblo, portador de un legado histórico.

El esfuerzo por esclarecer el significado de Quinchía, en términos de su memoria cultural, quizá pueda conducir a la progresiva claridad de lo sucedido allí: resguardo indígena durante la primera mitad del siglo XX y población liberal en medio de un departamento conservador como era Caldas en los años cincuenta. Región que en los años setenta se caracterizó por la conformación de organizaciones sociales campesinas como la ANUC y que a partir de la década de los ochenta contempló la reducción de los beneficios dejados por el café y, con ello, el aumento de la pobreza y del trabajo mal remunerado, con afectación directa sobre los sectores jóvenes, presa fácil de los actores armados que circulaban por las cordilleras o que se incubaban en las plataneras.

Por décadas, el municipio de Quinchía le ha apostado a la paz. Lo anterior no surge más que de la sombra permanente que ha proyectado la guerra una y otra vez, como una hidra que se reproduce por diversas causas. Si bien la violencia de los años cincuenta del siglo XX tuvo allí su aparición en marzo de 1948, cuando varias personas fueron asesinadas al amparo de justificaciones políticas; desde esa época, la población de Quinchía ha tratado de responder por medio de acciones lideradas por la sociedad civil a través de la organización comunal, la organización indígena, la educación pública, las cooperativas, la defensa de los recursos ambientales, el gusto por la actividad política y la conformación y mantenimiento de espacios como la Casa de la cultura.

La artesanía investigativa

Los relatos de vida fueron la principal clave de la artesanía investigativa en nuestros viajes al municipio. En el horizonte de trabajo estuvo el interés por desarticular la “historia oficial” sobre esta región y generar con estos ejercicios, en condiciones de confianza, la activación de opiniones, percepciones, experiencias y expectativas de las personas sobre lo acontecido en el municipio. Este procedimiento permitió reconocer diversos fragmentos del pasado y presentes biográficos, a través de la escucha de múltiples voces y la complejización de lo sucedido a través de muy variadas cadenas de conversación.

En el caso de Quinchía hay una convergencia entre el macro-relato acerca del territorio, elaborado por su historiador local, Don Alfredo Cardona Tobón, y la sucesión de voces de quienes se sienten portadores de fragmentos de la memoria local. El presente escrito se nutre de ambas fuentes. El relato configura o constituye un tipo especial de experiencia sobre la que se asienta

la temporalidad de la historia. El ser humano expresa su persistencia sobre la muerte testimoniando su vida, gracias al relato. La voz del testimonio, que pareciera ser *de segunda mano* y tradicionalmente poco valorado en el canon literario, nos confronta con la pregunta ¿qué es aquello que de verdad resulta importante para contar?

Hay un tipo de testimonio para la memoria histórica de las víctimas que nace de una individualidad lastimada, de una voz que regresa con vida a rescatar los hechos sucedidos. Quien testimonia resulta entonces un refrendador o un superviviente. De allí que ahondar en el relato del habitante local sea ir en contravía de la universalidad del historicismo: es iniciar un viaje desde lo grandilocuente de la historia y gradualmente transitar a la experiencia de lo cotidiano; allí donde están esas flores que fueron pisoteadas para favorecer su paso al avance del mal llamado progreso. Esas flores pisoteadas o en peligro de serlo, son las que interesan a la memoria y son también las que emergen cuando se reconstruyen estos relatos.



Imagen 2. "El baúl de los recuerdos". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

Pero también emergen otras voces que nos muestran cómo la memoria de la violencia no se construye solamente apelando al inventario del dolor, sino que nos acercan a íntimos escenarios traducidos en referente comunitario: su cultura, educación, trabajo cooperativo y sus saberes populares. Pero ¿qué tan fieles al recuerdo son esos testimonios?, los mismos que nos remiten a una forma determinada de contar la historia, precisamente uno de sus principales valores. Quien testimonia tiene un recuerdo que quiere ser escuchado. El testigo agrega a la historia elementos fácticos, subjetivos, inéditos, dolorosos y esperanzadores. La resistencia en Quinchía se ha alimentado de estos ingredientes en la medida que la oralidad es una práctica usual en su vida comunitaria. Precisamente, uno de los relatos incluidos en el presente libro es la vida y lucha de Jesús Guevara, traducida en una lucha por la defensa del agua y la tierra frente a las lógicas neoliberales para él consideradas como insostenibles.

En esta investigación lo que hemos hecho es reconocer el lugar tan importante que han tenido personajes como “Chucho Agua” y Roberto Lema, líderes sociales de esta tierra. El papel jugado por Ricardo Ibarra, un campesino víctima del desplazamiento que ha visto pasar sucesivamente la guerra por su vereda; o las historias de mujeres como Amparo, doña Emérida y la profesora Olga Carrillo, ejemplo de la dignidad en medio de la adversidad, y de una lucha por mantener el recuerdo presente de sus familiares, así como de realizar gestión cultural en el municipio.

También los relatos se alimentan de manera polifónica de las voces de algunos de los mayores de los Resguardos Escopetera y Pirza. De hecho, es la única narración que responde a una estrategia por conjugar diversas conversaciones sostenidas con los mayores. La razón de esto es el valor sagrado que representa para ellos una “voz común” que hable de la tierra, de los equilibrios naturales, de la autonomía política y de la fuerza comunitaria frente al individualismo. Por supuesto, no están representadas todas las voces indígenas del territorio: los Embera Chamí y los Embera -Carambá, con los que tenemos una deuda de gratitud y con quienes esperamos hacia delante cooperar en otros proyectos, como estos, desde las universidades a las que estamos vinculados.

La temporalidad de nuestro trabajo de campo abarcó los años 2018 y 2019, aunque los marcos sociales saltan a años cruciales como lo son 1948, 1958, 1987, 2003, 2013. En esta investigación partimos de la consideración del papel que tienen las narrativas para la configuración de un sentido de comunidad. En estas memorias cercanas, más que centrarnos en los hechos

victimizantes, nos interesó destacar el proceso organizativo, los proyectos vitales y la cotidianidad de la gente.



Imagen 3. "Devolución sistemática". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

La presente serie de relatos aspira a ser una cadena diseminadora de la memoria para todos aquellos que recién nacieron, o que aún no habían nacido, en la primera década del siglo XXI, cuando el municipio presentaba uno de los índices más altos en la agudización del conflicto que marcó por entonces la coyuntura colombiana. Los protagonistas de las narraciones son hombres y mujeres depositarios fervorosos de las vivencias de su territorio. Son parte de generaciones que contemplaron acontecimientos felices y luctuosos en el municipio, pero sin ser ajenos a los contextos nacionales, ya que justamente los distintos momentos de la historia del conflicto en el municipio de Quinchía tienen que ver con los avatares de la historia del país.

La experiencia de trabajo con las memorias nos ha permitido acercarnos al mecanismo por el cual acontecimientos acaecidos hace más de setenta años atrás conservan todavía una actualidad en el presente. Lo que este trabajo

pretende entender es la manera cómo una comunidad rural y urbana se conecta con su pasado, al igual que la manera cómo ese pasado puede trazar líneas de esperanza hacia futuro.

En este trabajo es importante destacar la persistencia de la memoria de los años cincuenta. Esa narrativa se combina con otras vivencias aún más pretéritas, como las indígenas, junto con posteriores oleadas de violencia como aquellas que toman forma durante los años ochenta del siglo XX con la aparición del grupo delincuenciales “Los Magníficos”, el surgimiento de la guerrilla del EPL, así como los frentes de grupos paramilitares.

Considerando el papel histórico que cobra el *giro de la memoria*, se encuentran en los relatos acopiados restos de pasados que sobreviven en las construcciones narrativas. Son relatos que contienen un significado simbólico y cultural de una comunidad, los que vuelven a emerger cuando nos acercamos a violencias más recientes como las manifiestas en la década del 2000.

Estas memorias hablan de lo rural, del campesino, de lo que representa ser mujer en el campo y en la ciudad. Se trata de destinatarios que no han dejado de crear y recrear el pasado en medio de las dificultades. Para ellos, el investigador, el académico, el emisario de algún proyecto institucionalizado, solamente es un vehículo, un canal para que las comunidades puedan avanzar en sus propios procesos de reconocimiento.

Subsiste en algunos de los relatos recogidos, la idea de un encadenamiento de la injusticia a lo largo de la historia del territorio. Esa conexión entre pasados lejanos y cercanos vuelve a ser examinada a la luz de los procesos tanto de la memoria histórica como de construcción de paz. Es posible que en algunos casos se quiera reclamar por un atropello personal que no se olvida, pero en otros casos el relato logra desplegar un panorama más integral sobre la vida en la municipalidad. Esto último depende del lugar de enunciación del narrador, de las experiencias que haya vivido.

A manera de cierre y aperturas

¿De qué manera las comunidades responden a los retos planteados por la modernización? Durante décadas las comunidades campesinas vivieron de lo que la tierra les brindaba; se sembraba lo que era la base del sustento.

Pero con la llegada del café y con los excedentes que produjo, se tuvo acceso a procesos de modernización que cambiaron la vida de los pueblos rurales. Con el café también llegó la exigencia de mayor productividad, el uso de fertilizantes, la incorporación de criterios empresariales aplicados a la vida, el cambio en las aspiraciones de las personas, hasta nuevas maneras de endeudamiento para poder cubrir las nuevas urgencias.

En la actualidad, sobre estos territorios herederos de una tradición micro minifundista, aparecen los consorcios internacionales de minería a gran escala y las centrales de energía ‘vendiendo’ el discurso de “una nueva manera de maximizar los recursos hídricos y ofrecer posibilidades de trabajo”.

Los ejercicios de memoria permiten exorcizar estas promesas y pueden alimentar el trabajo y luchas de un conjunto de organizaciones e instituciones cívicas voluntarias, de asociaciones campesinas, de grupos ecológicos, de organizaciones culturales que buscan que esto se traduzca en una ciudadanía activa para el municipio.

Esta investigación se centró en un periodo muy importante de la historia de Colombia: la firma de los Acuerdos de Paz en 2016. Cada uno de los relatos aquí expuestos son insumos valiosos para el esclarecimiento de las causas y hechos de violencia sucedidos en un territorio con bastantes voces silenciadas.

En Quinchía hay una relación con el pasado que llama poderosamente nuestra atención: la necesidad de reconocimiento en una nación centralista, donde poco seguimos conociendo de los actores locales. Es posible que el aislamiento geográfico de una comunidad pequeña como la mencionada, le haya permitido a Quinchía cultivar este tipo de relación con el pasado. Pero también es importante valorar que hay otros sectores de la población que consideran necesario olvidar ciertas situaciones acaecidas, para así abrir el municipio a una visión desarrollista amparada en el proyecto de minería a gran escala y en la transformación de la tradición microfundista. Lo que está en juego hoy, por tanto, es la preservación del recurso hídrico, de la vida y de la tierra.

Parte del reto de Quinchía pasa por lo que David Rieff en su libro “Contra la memoria” formuló con la pregunta ¿qué hacer con esos recuerdos? La tensión entre memoria y olvido tiene que ver con una etapa donde las víctimas se han puesto en el orden de la agenda política, y conceptos como la paz y la verdad descienden de las esferas centrales para llegar a quienes habitan las

veredas. ¿Se trata de cantos de sirena? ¿De nuevas promesas que a la vuelta de los años se esfuman quedando solo en las notas de prensa?

En términos de memoria hay importantes retos. Primero, la construcción de una esfera pública para la concreción de una paz más comunitaria. Segundo, el reconocimiento de las víctimas por parte de distintos actores armados, y por esa vía, de procesos reales de restitución y titulación de tierras, del derecho a conocer la verdad de lo ocurrido en el municipio, así como de un proceso de reparación integral. A su vez el municipio se encuentra ubicado en una zona estratégica por ser un corredor entre el Pacífico y el centro del país. Los proyectos de grandes mineras y de hidroeléctricas veredales resultan siendo tema para una discusión compleja y dramática: por un lado representan posibilidad de empleo y desarrollo, pero por otro implican la depredación de los recursos naturales, la pérdida de la autosostenibilidad de la población, además de una particularidad que no debe quedar al margen: los grandes proyectos mineros y energéticos se insertan en territorios de cabildos y resguardos.

Aunque no se plasmen en estas páginas todas las voces de quienes viven y han vivido en Quinchía, dado que sería una tarea que requeriría mucho más de dos años, lo que proponemos aquí es la generación de un punto de partida para que sus habitantes prosigan el camino iniciado en un territorio tan entrañable como el descrito.

II. Chucho agua y la defensa de los recursos naturales

Quisiera contarles 64 años de lucha y defensa por el territorio. Esta es mi historia y la de muchos acá en Quinchía que resistimos ante la violencia, nos movilizamos frente a las constantes crisis cafeteras y, actualmente, batallamos en contra de la minería a gran escala. Mi nombre es Antonio de Jesús Guevara Betancur, pero en la región me conocen como *Chucho Agua* y *Chucho paros*, por mi compromiso tanto en la defensa de los recursos naturales, como en el liderazgo que desempeño al interior de la comunidad.

Primeros pasos hacia el liderazgo político y comunitario

Antes de narrar mis pasos hacia el liderazgo, marcados por hitos importantes, me gustaría contarles un poco acerca de mi trayectoria de vida y el sentido de habitar en esta tierra. Llegué a Quinchía en el 69 y desde ese momento trabajé como líder comunitario. El primer compromiso fue por la conservación de un acueducto que se querían llevar para San Antonio, vereda Bonafont. Me puse en la tarea de movilizar a la gente preguntándoles si ellos creían que esa agua no la necesitaban, y si iban a dejar que se la llevaran. Ellos me respondieron que yo, siendo *Chucho Agua*, era el hombre indicado para frenar esa situación.

Nací el 10 de junio de 1953 en la vereda Moreta, que está en el límite con Caldas, a 40 minutos de Quinchía. Mis papás se conocieron siendo vecinos y tuvieron 4 hijos, uno de ellos falleció pequeño y quedaron mis hermanos Berenice y Luis. Nací en el seno de una familia humilde, poco versada en los asuntos sociales y políticos. Mi padre se llamaba José Guevara, pero no alcancé a conocerlo porque murió ahogado, una mañana cuando le dio por meterse en las aguas del río Cauca sin saber nadar. Mi madre se llamaba María Silveria Betancur Díaz, una mujer que sostuvo nuestro hogar como pudo tras la temprana partida de mi padre, siempre muy *berraca* en las labores agrícolas. La relación con mis hermanos es muy lejana, de hecho, ellos me dicen que debería dejar eso de la lucha social y trabajar de la mano con los *gamonales*, quienes son los que tienen la platica.

Vienen a mi mente recuerdos de mi infancia al hablar sobre mi familia. Cursando primero de primaria, con tan solo 7 años, tuve un problema bien serio porque estaba tratando de conquistar a Esperanza, la niña más linda del salón, pero era la hija de la maestra. Ella, al darse cuenta de la situación, me dio una tremenda *maderiada* con una regla, así que, desde ese día decidí no volver a la escuela. Un domingo, aprovechando que no había nadie, me entré y saqué unas cositas que se quedaron allí, con tan mala suerte que me quedé encerrado, tratando de salir por unos barrotes. Entonces vino la maestra con la policía. Ella *ofició* a las escuelas cercanas para que no fueran a recibirme, porque se suponía que más adelante iba a “ser un delincuente”. En esa semana mi mamá no hizo caso a lo que decían sobre mí, iella sabía quién era yo!, meses después, enfermó y murió. A raíz de su muerte fueron mis tíos quienes se encargaron de mí.

Yo era un muchacho muy travieso, llegué a pensar que tal vez la profesora tenía razón. A los 9 años decidí irme para Urabá. Estando allá me tocó sobrevivir en medio de la actividad agrícola. Mi motivación para migrar, más allá del duro golpe por la muerte de esa mujer que sostuvo sola nuestro hogar, fue más bien una aventura loca, de esas que dan en la juventud, quería conocer, estar allá y devolverme. Entonces, el primer lugar que visité con un señor de nombre Moisés Estrada fue Amalfi, Antioquia. De ahí me fui para Apartadó donde trabajé en todo el proceso de *chapeo*, *desyerbe* y producción bananera. Hubo intentos por sacarme de ahí porque la Organización Internacional del Trabajo (OIT) tenía prohibido contratar a menores. Yo solamente pensaba desde mis adentros que, si eso sucedía, me convertiría en un “guerrillero eleño”, afortunadamente tal situación no sucedió. Puede que en ese trabajito no haya ganado mucha plata, pero aprendí a organizar y a movilizar a la gente.

Buscando mi destino, me perdí en las montañas de Rioblanco, en el Sur del Tolima. Estando allá conozco a Alfredo Tovar, quien me enseñó a leer y a escribir, así como las cuatro operaciones matemáticas, aprendizajes que desafortunadamente no se me presentaron en mi tierrita. Después vuelvo a Apartadó y ando un tiempo realizando labores agrícolas. Ya en el 74 regresé a Quinchía, aunque no tenía la intención de quedarme, sino de visitar a mi abuela a quien extrañaba desde la lejanía. Sin embargo, llegué y eché raíces porque heredé un pedazo de tierra la cual empecé a *labrar*.

Hacia finales de los 70, si mal no recuerdo, tuve mi primer acercamiento en el rol de liderazgo político. Resulta que al acueducto municipal le querían

implantar un medidor. El pueblo, descontento con tal iniciativa se levantó debido a que cada uno tenía su manguera conectada a la fuente de agua y no pagaba un centavo para que le llegara el agua a su hogar. Me puse en la tarea de mover a los jóvenes. Era una labor titánica lograr el acompañamiento de ellos durante horas entre los *caminos de trochas*, pues las vías de acceso ya estaban bloqueadas frente al paro que se avecinaba. Mi emoción al ver la cantidad de personas que nos acompañaron se reflejaba en el significado de un pueblo resistente ante las injusticias impuestas sobre su territorio.



Imagen 4. "Chucho agua". Fotografía, José Fernando Marín. (2018).

El pueblo de Quinchía se moviliza ante la crisis cafetera: primeros triunfos

Para esa época, en la década de los 70 y 80, había una fuerte presencia del EPL en Quinchía. Pero, al hacer un rastreo histórico hay una acumulación de ideologías que comienzan desde los años 30 cuando entra el Partido Co-

munista, y son ellos quienes sientan sus bases políticas con el campesinado. En La Violencia de los 50 apareció “el Capitán Venganza”, un personaje que encarna la herida abierta de aquellos que experimentan las expresiones de violencia en Colombia. Rodeada de poblaciones conservadoras, Quinchía fue una isla roja, donde personajes como “Venganza” simbolizaron por medio de la ruana y el machete la resistencia de un pueblo guerrero.

Cuando pienso en la figura del “Capitán Venganza” y lo que significa para los habitantes de esta región, mi mente y corazón se trasladan a las movilizaciones cafeteras hechas en la época de los 90 y 2000, donde se paralizó Colombia. En ese momento llegué a la lucha social. Fue durante la crisis de la roya que amenazaba seriamente con destruir la producción cafetera de nosotros, los pequeños caficultores, que aún somos la mayoría en el país. Me llamó la atención las palabras de Gustavo Botero sobre lo que estaba pasando en Brasil, donde habían desaparecido los pequeños productores tras la epidemia de la roya. Además, él mencionaba que en Brasil había productores de 50 hectáreas que entraron en crisis. Entonces, ¿qué iba a pasar con nosotros, con mi familia y los pequeños productores de esta región? Si aquí quienes tienen propiedades de 5 o 10 hectáreas son considerados ricos por la gente. Incluso, ante la preocupación porque desapareciéramos, me di a la tarea de investigar. Acá en Quinchía tenemos 3.494 hectáreas sembradas de café repartidas entre 3.573 productores, es decir, entre 1 cuadra y 1 hectárea para cada uno. ¿Nosotros que somos microfundistas, cómo íbamos a sobrevivir ante semejante situación, que ya dejaba entrever sus primeros estragos? Luego de muchos años lamentablemente la pregunta sigue sin responderse.

A raíz de esa reflexión surgió el ánimo por defender dos situaciones. La primera, que no desaparecieran los pequeños productores debido a las pocas hectáreas de tierra que poseían. La segunda, encontrar salidas a las deudas contraídas con la Caja Agraria y el Banco Cafetero, lo que anunciaba un riesgo financiero para la economía de los campesinos. Creímos importante trabajar en conjunto para realizar una serie de acciones que se materializaron en las marchas hechas en Bogotá, Armenia, Manizales y Pereira durante el período de 1995 al 2000. Fue impactante ver a tantos caficultores unidos y movilizándose. La euforia que causó llevar más de 40 carros con agricultores exigiendo apoyo del Estado para controlar la roya, y la condonación de las deudas contraídas con el sector bancario; llenó los ojos de lágrimas a Aurelio Suárez, uno de los activistas más conocidos de la región. Digamos pues, que ese fue uno de los primeros triunfos logrados: ver un pueblo movilizado.

También recuerdo un acto de resistencia muy fuerte que se hizo a finales de los años 90, donde el pueblo de Quinchía tejió una red de solidaridad para tomarse la vía Panamericana durante tres días. Ahí sí que Colombia quedó paralizada. Diseñamos una estrategia en la que el pueblo aportaba los víveres o dinero, con lo cual alcanzamos a recolectar 1'400.000 pesos para tanquear los vehículos. Todos en el pueblo estábamos trabajando por un objetivo que logramos conquistar no solamente aquí, sino en toda Colombia: la condonación de las deudas cafeteras, pese a que el gobierno se mostraba reticente. Este logro fue el producto de las marchas, actos, plantones, paros y las distintas prácticas de resistencia planeadas entre todos. Además, fue producto de la presión que se hizo al gobierno para exigir garantías para los caficultores.

Las batallas contra el boom minero: la defensa de la vida y el territorio

Seguimos defendiendo el territorio y los recursos naturales. Con todo esto del *boom* minero, la conservación del agua se vuelve el baluarte de nuestra defensa por la vida. Así como era en los tiempos de “Venganza” donde el machete, la ruana y el poncho simbolizaban la aguerrida lucha campesina; en la actualidad, trabajamos construyendo ideas sobre qué acciones implementar respecto a las amenazas que se ciernen sobre nuestro territorio. Por ejemplo, cuando en los informes de la Defensoría del Pueblo se señala que el suelo está otorgado en un 87% en concesiones mineras, planeamos acciones concretas para detener la locomotora minera, que destruye recursos estratégicos y deja consecuencias visibles sobre la capa de la tierra. Es en este momento donde tiene sentido la lucha por la defensa del recurso hídrico, porque el oro es solo una manifestación de la riqueza, mientras el agua es nuestro máspreciado bien. Hay un conflicto con el minero tradicional, quien históricamente ha trabajado allí. Cuando llegan las multinacionales con su maquinaria, empiezan destruyendo la capa negra de la tierra, luego perforan la roca y después acaban o contaminan todo lo que encuentran a su paso, incluyendo la pureza de nuestra agua; de igual forma, desplazan a quienes habitan ahí.

En las audiencias públicas se ha debatido precisamente sobre las concesiones mineras que ya van a empezar con su fase de exploración. Las respuestas serán fuertes movilizaciones, claro, dependiendo del ánimo de la gente. Veá, la lucha social es como un tren que va desde Buenaventura a Cartagena. Arranca

llo desde el puerto y a medida que avanza las personas se van bajando hasta que llegan uno o dos al final. Soy del grupo pequeño que no se rinde sino que al contrario, lucha más por empujar y mover al pueblo. Yo les pregunto frente a las fases de explotación ¿Bueno, y ahora qué vamos a hacer? ¿Somos defensores del agua, de nuestra soberanía territorial? ¿Cómo vamos a hacer para vigilar lo que esta maquinaria está haciendo sobre nuestro territorio?

Las multinacionales no son ningunas monjas de la caridad que vengan a darnos algo a cambio de nada. Estos monstruos colosales vienen a arreglar las escuelitas, les dan el almuerzo a los estudiantes, llevan a los líderes de paseo, les entregan cantidades enormes de dinero, incluso, les ofrecen pagar las universidades a sus hijos... Si uno viene de una familia pobre sin la posibilidad de llevar a sus hijos a una buena universidad, llega alguien y le ofrece eso, ¿uno qué hace? Vea, ese puede ser uno de los factores explicativos sobre la pasividad en estas nuevas generaciones, porque las movilizaciones hervían hace 10 años en Quinchía.

Los obstáculos que hay que esquivar debido a las dinámicas del conflicto armado

En el 2000 hicimos un acto de resistencia muy grande en “El Palo”, tres días bloqueando la vía Panamericana, hasta que llegó la fuerza pública y nos *gaseó* a todos. El ejército nos tildó de guerrilleros y que esas marchas estaban infiltradas por el EPL. Resulta que hubo un fenómeno que no esperábamos. Durante las reuniones la guerrilla intervino internamente, estaban presentes, pero no se expresaban como tal. Ellos se pusieron en la tarea de presionar a la gente para que marcharan. Junto con mis compañeros éramos los encargados de recoger el dinero para el tanqueo de los carros, presupuestar la alimentación y administrar las provisiones. Hubo un problema muy grande con Leytor, el comandante del EPL, porque llegaron más de 110 carros cuando calculábamos alrededor de 70. Alguien le dijo que nos habíamos gastado la plata destinada a las acciones del paro. Entonces comenzaron las citaciones para ir donde el comandante.

Generalmente las evadía, primero, porque no tenía nada que hacer allá, y segundo, porque sabía que eso me iba a traer consecuencias. Pero ante la quinta citación decidí ir. Me dijeron que fuera al “Hueco”, no tenía ni idea donde quedaba ese lugar, así que me explicaron que era cerca de la casa de

un señor Becerra. Pensé que era donde mi amigo el concejal y arranqué para allá. Resulta que por allá no era. ¡Lo que son las casualidades de la vida ¿no?! Porque me estaban esperando en otro camino para *darme gatillo*.

Con Leytor, en ese momento, era muy complicada la situación. Nunca me lo encontré de frente y en definitiva lo que me salvó fue la muerte de su hermano en un enfrentamiento con las Farc por los lados de Mistrató. Eso causó que el EPL se abriera a otra zona y que por fin me dejaran en paz. Finalmente, a Leytor lo asesinan en una vereda cercana a Quinchía. Nunca se me olvidará el mensaje inclusivo que llegaba por las noches a mi casa “reconocemos su liderazgo, por eso en esta organización hay un puesto de mando para usted”. Si eso hubiera pasado en mi niñez, cuando casi me sacan de las bananeras en pleno esplendor de mi espíritu rebelde, seguramente hubiera accedido. No me ha interesado ni comparto la lucha armada como opción de vida.

El día en que capturaron al pueblo

Cuando camino por las calles de Quinchía y observo sus murales que narran con los colores, personajes y frases pintadas estratégicamente los difíciles tiempos de la violencia, me doy cuenta de que en este país no hemos estado ni un solo día en paz, y espero, antes de morirme, tener el privilegio de verlo reconciliado. Cómo olvidar cuando encarcelaron a mi pueblo. Eran las 2 de la mañana del 28 de septiembre de 2003 y como una buena estrategia militar “había que tomar al enemigo desprevenido”. Según contó Raúl Marín Trejos, mi vecino que trabajaba con su Willys transportándonos por las veredas, el estruendo fue tremendo cuando entraron más de 1.200 hombres, 5 vehículos, 3 helicópteros *black-hawks*, que conformaban todo un batallón para capturar supuestamente a los colaboradores de los del monte, sí, a aquellos que “eran informantes de la guerrilla”.

Me levantó el estrepitoso ruido de uno de los helicópteros que sobrevolaba durante todo el día los cerros aledaños a Quinchía. Vi la forma en que sacaban a mi vecino sobre las 4 de la mañana, su familia no sabía cómo reaccionar, ni a quién acudir porque las autoridades eran quienes los acusaban de terrorismo, rebelión, concierto para delinquir, en fin, un montón de cosas que ni yo comprendía. Mi compañero Raúl, perplejo, a medio vestir y sin entender muy bien qué pasaba, salió temblando de su casa rumbo a la cárcel de Pereira. Pero su tragedia era una entre las 117 personas que no borrarán de su memoria aquel

dramático domingo. Es que eso fue una vaina tremenda, hasta el cieguito José de los Santos estaba ahí arriba en el camión acusado de colaborador.

Los soldados no se cansaban de buscar cuarto por cuarto, esculcaron cada rincón en búsqueda de armas, machetes, fotos o cualquier cosa que incriminara a mi vecino, junto con todos los capturados señalados de rebelión. Apoyados en testimonios de gentes de por ahí, querían justificar de algún modo la “Operación Libertad”, pero se fueron con las manos vacías porque este es un pueblo guerrero, mas no guerrillero, tal como fueron tachados sin pruebas ni argumentos muchos de los conocidos de por aquí en el transcurso de ese día gris.

Ellos fueron trasladados a las cárceles sin razones de peso. Tiempo después tomándome un tinto en la plaza principal de Quinchía, Raúl me contó los duros momentos allá tras las rejas. Por lo que cuentan de las cárceles, ellos pensaban que les iban a quitar la camisa, los relojes, los zapatos, hasta que los iban a violar. Bueno, tantas cosas que se hablan de las cárceles aquí en Colombia ¿no? y creo que lo más difícil para ellos fue mantener los espacios de privacidad. Si no estaban vigilados por los guardias, eran los otros presidiarios que, bajo una mirada amenazante les hacían saber quiénes tenían el control sobre esas cuatro paredes. ¿Sabe qué los salvó?: que eran casi 120 personas inocentes, dedicadas día a día a trabajar su tierrita, se conocían el uno al otro desde muchachos, se encontraban en las calles cuando el pueblo se paraba duro ante las crisis cafeteras; eso fue lo que los salvó, mantener la cohesión del tejido comunitario aún tras las rejas. Es que vea, encarcelaron gente humilde y laboriosa, hasta los mismos carceleros comentaban entre ellos el buen comportamiento que tenían las personas de Quinchía. Duraron veintidós meses tras las rejas, y como era de esperar a todos los liberaron, sin excepción.

Nosotros no somos limosneros, somos cafeteros: Viva el Paro Nacional Cafetero de 2013

Para terminar, les quiero contar una anécdota entre tantas historias que vengo construyendo por medio de mi trayectoria de vida. Pero esta es muy especial, porque me paralizó de pies a cabeza y movió las fibras de quienes estábamos allí presentes aquel día. A mí me encanta contar esa esplendorosa tarde en Chinchiná, cuando poseído por el espíritu de la lucha social le grité a Santos en representación de nosotros, los pequeños campesinos. Los más

viejos me decían que cuando hice la intervención, a través de mi discurso y lenguaje corporal, hasta les recordé los discursos de Gaitán.

El presidente visitó Caldas el 6 de febrero de 2013, en pleno fervor del paro nacional agrario. Allí se encontraba el gremio cafetero que afrontaba serias dificultades económicas y buscaba por medio del gobierno que le lanzaran un salvavidas. Varias de las palabras previas a su discurso estuvieron acompañadas de aplausos ante afirmaciones como las siguientes: “Colombia ha estado en deuda históricamente con el café”, o que “quería respetar al gremio de los cafeteros”. Después vino lo esperado, su primer anuncio sobre el aumento en el precio del café. Las rechiflas, arengas, silbidos y expresiones en contra no se hicieron esperar, motivo por el cual ya me iba preparando para protestar.

En ese momento, mientras estaba encargado de repartir 2.000 volantes informando sobre el paro nacional agrario del 25 de febrero, llegó lo esperado, su segundo anuncio respecto a los recursos. Estaba aguardando a que dijera “hay 500 mil millones de pesos para los cafeteros”. Si eso hubiera sido así el grito habría sido diferente. Pero Santos dijo: “les traje 50 mil millones de pesos”. Ahí sí los aplausos fueron ensordecedores. Aunque a mí se me subió esa sensación de molestia, de esas que le recorren a uno todo el cuerpo y se siente como manos y pies se adormecen al instante. Sin pensarlo dos veces le grité: “Señor presidente, nosotros no somos limosneros, somos cafeteros, y viva el paro del 25 de febrero”. Se escucharon unos aplausos al fondo del escenario acompañados por un furtivo “¡viva!”. Pero ya el Chucho Guevara defensor del agua, dirigente político e incitador a la movilización social, no pudo continuar ahí, no cabía y estaba lleno de miedo.

Después de unos segundos llegaron dos tipos a interrogarme, pensé que eran periodistas. Me dijeron “¿Quién es su esposa?”, “¿Dónde está su tierra?”, “¿A dónde se dirige?” En ese instante ya íbamos de camino al comando de policía. Una periodista, que cayó como del cielo, se acercó con mansas inquietudes y puso la grabadora a las 12 y 12 minutos, alcancé a decir “en Quinchía somos microfundistas, trabajamos a pérdidas y no estamos en la capacidad de pagar las deudas”. Ya por la noche, de regreso a mi casa alguien me llamó a preguntar si estaba bien. “¿Para qué llaman a esta hora?, si no me acompañaron cuando hice el grito”.

...

Esta es parte de mi historia, de una lucha que transitó desde el enfrentamiento con los actores armados y políticos, hacia la defensa del recurso hídrico. Es muy triste ver cómo se ha lastimado a un pueblo por culpa de la guerra y las ausencias estatales. Mi principal motivación en esta batalla, es por la persistencia del tejido comunitario, para que las generaciones futuras no vivan los escenarios de guerra que yo he vivido.

III. Los Ibarra y la sobrevivencia del pequeño campesino

Caminando por este camposanto, lugar de las memorias de quienes ya no están y de muchos otros que faltan, contaré lo que he vivido con mi familia durante estos largos años de conflicto en nuestra región, así como la forma en que los habitantes de Quinchía nos hemos mantenido unidos. Además, describiré lo que hacemos a diario los pequeños campesinos para sobrevivir en el campo y alimentar a la ciudad. Soy de los Ibarra que lleva muchos años viviendo en Quinchía, la tierra que me vio nacer, crecer y en varias ocasiones desplazarme por los duros tiempos de esta guerra fratricida. Sin embargo, acá sigo resistiendo y trabajando en mi pedazo de tierra, como lo hacen los pequeños campesinos.

Caminando por el cementerio, nos encontramos con la mítica tumba del “Capitán Venganza”

Yo estaba muy *niño* para recordar al Capitán Venganza, aun así, lo intentaré. Con tan sólo 9 años, lo que viene a mi cabeza son las anécdotas que se tejían alrededor de su labor en la defensa de los liberales. Él, a diferencia de muchos otros, no era un bandolero sino que tenía un ejército organizado donde sobresalían muchos rangos: tenientes, cabos y capitanes como él, que defendían un ideal.

El 5 de junio de 1961 llegó su cuerpo a este cementerio, sobre él erigieron un mausoleo lleno de recuerdos. Apenas tenía 14 años cuando a él lo mataron en la vereda Miracampo. Pero, según lo que se cuenta, por esa época la violencia bipartidista se había acabado. El golpe de Estado, junto con la amnistía, fueron los medios por los cuales el general Rojas Pinilla finalizó un enfrentamiento histórico por los colores políticos. En la región los rojos eran cuidados por Venganza, mientras que a los azules los protegían personajes como Toño Santos. Desde el mandato de Rojas Pinilla no hubo piedad por ninguno que se considerara “bandolero”. La ley militar se aplicaba sin importar los colores; de esta manera, uno a uno fueron cayendo. Incluso mucha gente del gobierno también sucumbió. Los que se quedaron persiguiendo el ideal revolucionario –como aquel que le decían “El Diablo”, quien reorganizó su ejército para volver a combatir–, les dieron bala de la misma forma en que se

hizo con la *cuadrilla* de Venganza. Así se vivieron los tiempos de pacificación: *cuadrillas* escondiéndose entre las montañas y balas persiguiendo a algunos muertos que nunca llegaron a este cementerio.

Acabaron con todos, eso sí; pero cada cabeza al mando cambiaba la forma de asesinar a sus contrincantes. Como el caso del capitán José Luis que organizó un grupo y propuso cambiar la plancha por el *descope*. Una práctica violenta que consistía en mocharle la cabeza a las personas y así, luego se colocaban sus cabezas en un palo. Esto hacía circular el miedo en la región pues todos temían encontrarse de frente ante esta expresión de la muerte. Luego, con la norma de la *orqueta* ya no era perder la cabeza, sino los pies. Las trampas se accionaban una vez cualquiera pasara por allí, mientras que las plataneras ocultaban a los actores del delito, quienes a veces salían a rematar al malherido. Aunque cuál delito, si luego de mucho tiempo esas prácticas empezaron a verse con naturalidad.

Con los paramilitares y el EPL el combate ya fue más frentado. A uno lo veían por ahí caminando y sin mediar palabra lo iban *planeando*. Esa época la viví siendo adulto. A mi familia gracias a Dios nunca le pasó nada. Pero sí nos presionaron para abandonar nuestras tierras, porque de un tiempo para acá venían matando parejo. Los caminos de trochas fueron testigos de los cuerpos, todos los días aparecían de a cuatro, de a cinco, de a seis... Y yo me convertí en un contador de ellos. Si no nos íbamos los siguientes en la lista éramos nosotros, los Ibarra.

Con lo que nos daba la tierra sobrevivíamos en un recodito

Mi tierrita tiene muchas otras historias que narrar; esas que no se encuentran caminando entre las tumbas, sino que se descubren a partir de vivir y *echar raíces* en Quinchía. A los trece años ya andaba con mi azadón participando en los primeros convites. Entre todos los niños, más allá de la *recocha*, cumplíamos con las labores –de corte, cargue y *desyerbe*– que nos asignaban los mayores; esto lo hacíamos sudando la gota fría para conseguir el fresquito y un almuerzo bien *trancado*. Los convites eran como asistir a una fiesta, a usted lo invitan y si quiere participar se le encarga un rol. Allá llegan ancianos, mujeres, hombres y niños, quienes participan buscando un fin comunitario.

Recuerdo que de huidas de los conservadores por los 50 empezamos a vivir en un *recodito* por El Cañaveral. La tierrita era muy fértil y nos daba para alimentarnos a mis hermanos, a mi mamá y mi papá. Tanto así que los fines de semana salíamos a Anserma con mi papá a vender panela. Estando allá, en medio de la plaza de mercado, escuchamos tremendo *candeleo*. La gente salió corriendo sin dirección alguna y mi padre me dijo “mijo, nos toca escondernos en cualquier lado, yo veré, bien agachadito para que no lo alcancen las balas”. Siempre se decía que los liberales iniciaban los combates, pero en esa ocasión fueron los del ejército quienes atacaron primero. Creyendo que era la cuadrilla de Héctor, uno de esos “bandoleros” liberales sueltos por ahí, encendieron a *plomo* a todo el mundo.

Ese mismo día, en horas de la tarde subieron dos señoras muy *berracas* para no reventar en llanto, decían que los liberales le habían matado al papá, a los hermanos y *metido candela* a los *cañaduzales*. Entonces, los conservadores, en medio de una reunión que acabaron en los siguientes segundos dieron la orden de salir todos para allá, a defender el cañón de El Cañaveral. Alistaron sus *peinillas*, machetes y las pocas escopetas que había, y empezaron a marchar, eso sí, el cura antes de partir le dio la bendición a cada uno. El Ser Supremo los acompañaba para vengar la pena y el honor hurtado a aquellas mujeres en desgracia. Quienes estaban al otro lado observaron una fila de hormigas furibundas con antorchas caminando hacia sus tierras. Sin pensarlo dos veces, dejaron a la deriva los cultivos y animales que pastaban en sus fincas. Al llegar los conservadores no había ninguna pista de un pasto incendiado. Por el contrario, encontraron el apremio de unas tierras desalojadas. El cura González, quien decía ante el púlpito que matar a los liberales era lo mismo que acabar con un perro, casi se infarta al darse cuenta de que su bendición los encaminaba a una desgracia disfrazada de mentiras ¿Muy buenos estrategias los liberales, no? Porque con esa jugada de ajedrez abrieron camino para llegar a otras tierras.

Me tocó enfrentarme con las palabras de mi padre a esa edad en que uno solo piensa en jugar fútbol con el vecino de al lado: “mijo, empaque sus cosas, esto se calentó mucho por aquí, nos vamos a probar suerte en otras tierras”. Fue así como en el 58 llegamos al Alto de las Piedras. Y es que la violencia no da espera, tuvimos que abandonar el lugar donde habíamos forjado los lazos vecinales, donde cultivábamos, donde criábamos cerdos, gallinas y una que otra vaca pastaba por ahí. Hoy pienso que la vía razonable ha sido huir para salvarse de las balas. Y esa fue la decisión que tomó mi padre pesé a la incertidumbre de habitar en otras tierras. ¿Cuándo

regresaríamos, si es que la guerra nos daba un tiempo extra, cómo íbamos a encontrar nuestra finca?

Por eso fue por lo que en el 58 terminamos yendo al Alto de las Piedras, por un lío de traidores. Resulta que un señor *recalzado* le llevaba información estratégica sobre los liberales a los conservadores de Anserma. Quinchía, siendo una isla roja en un mar azul, parecía una anomalía en la región y sus habitantes una molestia para algunos municipios vecinos. Ese señor lo que estaba haciendo era pescar en río revuelto y, claro que calentó los ánimos de los liberales quinchieños. Una vez llegó a su casa lo estaban esperando para matarlo. “¿Usted es fulanito?”, “¿El que lleva información a los contrarios?”. Titubeando, como consecuencia de su traición, a los tres segundos recibió dos disparos. Cuando eso pasó a nosotros se nos anunciaba un desplazamiento inminente, como ese que se repetiría muchos años después cuando mi hijo y yo salimos corriendo a Pereira por las amenazas del paramilitarismo; otra de las caras de la violencia en Quinchía.

De la violencia por los colores a los camuflados ocultos entre las montañas

“¿Cuántos muertos no se me habrán pasado? ¡Claro, los que tiraron al río Cauca!”. Muchos vieron lo que hacían en Santa Cecilia, en Guerrero, por allá por el sector de La Cabaña, por Llanadas... Pero lo que sucedió en el 2006 en la vereda Murrupal nadie se lo esperaba.

El 8 de julio de 2006 hubo fiesta en el pueblo. “Así es como terminan los bandidos” fue la proclama de los del Gaula mientras exhibían el cuerpo de Jesús Berlaín Chiquito Becerra, quien fue comandante del EPL. “Por fin matamos al patrón de ustedes, ¿no?” enfatizó Carreño, el encargado de la Operación Jardinero, frente a los que estaban presentes ese día. Algunos decían que era un rebelde por la causa, con ideales políticos; mientras que otros aseguraban “que el hombre era un bandido”; “que había matado a su hermana y a su prima porque lo iban a delatar”; “que tenía un pacto con el Diablo y por eso las balas lo esquivaban”, en fin... Lo cierto es que ese día hubo *antioqueño* para todos en Quinchía.

El comandante “Leytor” tenía el control de la región porque aquí el Estado solamente apareció cuando el EPL secuestró al hijo de un político. Ahí sí fue

cuando les tocó darle de baja. Ellos venían persiguiendo una venganza, pero nosotros, los campesinos, quedamos entre la espada y la pared. Si a la finca de uno llega un soldado se le brinda comida, lo mismo con el guerrillero o con cualquier otra persona. Si aparecen los de la guerrilla a pedir *rancho*, los del ejército cobraban esa comida porque supuestamente “éramos auxiliares”, mientras que si llegaban los del ejército, la guerrilla nos pasaba factura por traición. Entonces ¿qué debe hacer uno?

A través del tiempo aprendimos a caminar y a detenernos. Recuerdo que por la época de los 80, cuando hubo la subida en los precios del café, era un período de armonía y tranquilidad. Con la bonanza cafetera se podía sacar una *carga* al mercado y comer un buen pedazo de carne. Pero luego vino la roya, las deudas contraídas con el sector bancario, las ausencias estatales, todo esto unido al miedo y de nuevo, se dio marcha a un nuevo conflicto. Luego de las marchas cafeteras estalló uno de los años más duros para mí y para el municipio, el 2001; eso no había un día en que no mataran a alguien. Para ese período, la violencia se manifestaba oculta entre los cerros Gobia y Batero y resurgió de un momento a otro con todas sus fuerzas y casi acaba con todo.

Como en la era de la violencia bipartidista, mi familia y yo nos volvimos a desplazar

Muchas familias habían abandonado en ese año sus tierras. El hijo Ibarra se fue antes que me tocara a mí; huyó cuando asesinaron a un concejal de la región. Dejó su puestico botado, lo había ganado trabajando para él y salió a probar suerte en la ciudad. Fue así como llegó a Pereira en el 2001, desplazado por la guerra. Vivía en el barrio Santa Ana con su mujer y los niños. La violencia experimentada con las llamadas amenazantes para que renunciara al cargo de recaudador de impuestos en Quinchía se transformó de a poco en la furia urbana. “Solo pude vivir 6 meses allá, es que eso es muy duro...”, me dijo en alguna ocasión.

La experiencia que viví en el barrio Las Brisas en Pereira no se la deseo a nadie y tristemente es la realidad de muchos colombianos. Llegar a un lugar desconocido, aunque gracias a Dios la familia de Leisson nos recibió con los brazos abiertos, y quedarse todo el día sin hacer nada, mientras extrañaba el trabajito, la tierra y los animales. Además, la ley de la ciudad cambia después de las 6 de la tarde; no se puede salir a las calles, porque desde las 11 se

ve cómo los muchachos planean sus vueltas nocturnas: quién va a cuidar el barrio, los que van a estar en la jugada para defenderlo, quién se encarga de distribuir las drogas. Los policías no se quedan atrás, ellos andan sin tapujos. A diferencia de andar desarmados por las veredas, en las grises calles están listos para disparar. ¿Sabe lo que es más duro? vivir *recostado*, porque mi hijo me dio un techo y alimento, pero nunca conseguí un trabajo.

Recuerdo ese andén en el cual me sentaba a ver los atardeceres antes de los toques de queda. Una tarde se acercó una *comunera* con preguntas inquietantes (“¿cómo se llama?, ¿de dónde viene?, ¿con quién viene?, ¿hace cuánto está aquí?, ¿a usted le gusta la política?”). Luego de mis respuestas poco acertadas vino la propuesta: “Vea, nos estamos reuniendo por la tarde en la casa de fulanito, caiga, a usted es a quien estamos buscando”. Desde que vivía mi viejo, la violencia nos había perseguido a los Ibarra, por eso con cautela rechacé aquella propuesta. Me di cuenta luego de esos largos 6 meses que me sentía tan incómodo viviendo de este modo en Pereira, que retornar a mi finca era la mejor decisión. Sin pensarlo dos veces alisté mis cosas y volví a la región. “Padre, no sea terco, por allá lo van a matar” asustado me decía mi hijo ante la decisión tomada.

Es que esa época fue tan complicada. Resulta que un día caminando por la plaza para cumplir la cita de cada domingo con Gerardo, dado que desde muy temprano vendíamos panela a 500 pesos, pasé por una caseta cuando oí un primer disparo; seguí caminando sin voltear la mirada, cuando de repente otro disparo. Llegué a la plaza apresurado y sudando, Gloria me dice “Ay... don Ricardo esto no para, cada día están matando más. Vea ese muchacho es la nueva víctima de la guerra”. Dos disparos y mi rol de contar muertos seguía. Igualmente, uno extraña la tierrita; ese 2001 fue el más álgido ciclo de violencia y mi retorno a la finca. ¿Que cómo la encontré? Ay, déjeme contarle un poco más sobre eso...

Hay que hacer de tripas corazón

Los funcionarios de la Unidad de Víctimas no me garantizaban seguridad al retornar. Pero no había marcha atrás, para mal o para bien en Quinchía tenía *revuelto*. En cambio, en la ciudad el vecino está en las mismas condiciones que uno. Pensaba “salí de Guatemala para Guatepeor”. Fue así como decidí retornar. La finca estaba llena de *rastrojo*, no había rastro de los 35 animales

que dejé, y el frijol y el maíz, quién sabe quién se los habrá comido. Abandonado el *rancho* por completo inicié de cerros con el apoyo de la comunidad.

Los que no poseían un pedazo de tierra, un terrateniente les vendía una *cuadrita*. Sin dejar registros y solo con el compromiso verbal de hacer los pagos empezaban a laborar quienes llegaban buscando tierra. En esa época la palabra y el honor del hombre representaban todo. Ahora hay que tener papeles de todo, pese a que muchos de mis vecinos aún no cuentan con la titulación del predio, sino una letra con la promesa de compra-venta. Y así fue como cada familia se acomodó, empezó a labrar y a construir su vivienda.

Cuando regresé luego de mi desplazamiento a raíz de la violencia camuflada entre las montañas, mi pedazo de tierra estaba como aquellos que no tenían donde arraigarse. Empecé con la construcción de un *barranco* hasta que una vecina preocupada por mi esfuerzo solitario me dijo “¿Por qué no *convida* gente? Usted solo no va a poder con eso”. Ahí inició el convite. Invité a 7 compañeros, les di almuerzo y por la noche habíamos hecho el trabajito. De manera esporádica se hace esa gestión con el fin de ayudarle a un compañero, es decir cada 2 o 3 meses. Mientras que las Juntas Veredales sí se hacen cada semana y son la máxima expresión del sentido comunitario.

Recolectando de a mil pesos conseguimos los buñuelos, la música, la natilla y el marrano para celebrar la Navidad. Y es que en una ocasión que organizamos una Junta Veredal les puse esa cuota. Sin un peso, pero cada uno con su regalo, festejamos ese año en comunidad. Si se debía tumbar una rastrojera en su finca, esperaba que fuera el fin de semana para hacerlo con las mujeres, niños, ancianos y hombres que quisieran colaborar. Al siguiente sábado íbamos a la casa de fulanito a realizar lo que él necesitara. Recuerdo una vez que levantamos entre todos un hogar en Murrupal. Personas sin vivienda llegaron pidiendo ayuda y ahí siguen viviendo en la actualidad. Es una gestión muy linda que sigue vigente en la comunidad, todos compartimos espacios y tareas en beneficio del otro. ¿Qué ha pasado? El conflicto de a poco lo ha diezmando...

Unidos hemos permanecido a través del tiempo. Somos campesinos y microfundistas trabajando a diario por sacar adelante nuestras familias. Sin importar los difíciles tiempos de la violencia, nos hemos arraigado a esta tierra a través del tiempo, porque ella nos da de comer; aunque algunos crean que somos “guerrilleros” y de esta forma, nos lo hagan saber cuándo hacemos las marchas, en realidad hemos resistido ante los ciclos de violencia

y los cerrados círculos de poder, que amenazan con destruir la relación inseparable que tenemos con la tierra. Muchas familias campesinas colombianas lo pueden retratar así.

Imagen 5. "Caminando por el camposanto". Fotografía. Isabel Castillo O. (2019).



IV. El empresario minero a disposición del pueblo

Uno de los grandes problemas que tenemos los campesinos de Quinchía es *ser pequeños*. Con esto me refiero no solamente a los obstáculos para vincularnos al mercado, sino también a las trabas que nos ponen el Estado y los grandes, quienes trabajan de la mano con el fin de sacar la riqueza de nuestro territorio. Voy a poner un ejemplo para entenderlo mejor: llevo 5 años *bregando* a abrir un kilómetro de vía para facilitar el acceso a la mina, y no lo he podido hacer debido a la cantidad de trámites que exigen desde las entidades; mientras uno ve cómo las aguacateras inauguran vías por donde les plazca. Es decir que no hay un acompañamiento institucional a nosotros y además, existe una persecución porque siempre está el que nos ve mal.

Los pasos por Quinchía: huellas del liderazgo político en la región

Finalizando el año 86, a la edad de 17 años estaba concluyendo mi bachillerato y aprovechaba el tiempo libre que tenía entre semana para integrarme a procesos comunales, porque los fines de semana viajaba a la finca de mis papás. Acompañé a la Asociación de Mineros de la Soledad en la vereda Juantapado, en búsqueda de la legalización de las áreas mineras. En la década de los noventa, los ayudé a presentar ante el Ministerio de Minas y Energía un proyecto de titulación sobre áreas solicitadas y para eso viajaba a Bogotá para hacer las vueltas. La solicitud se mantuvo mucho tiempo archivada y con el tiempo esas tierras fueron otorgadas a empresas más grandes. Para los pequeños mineros un pedazo, así no fuera el pedido, era una ganancia. Los cambios administrativos en las instituciones mineras trajeron consigo que las solicitudes quedaran archivadas.

En el año 96 asistí a los eventos de Unidad Cafetera gracias a una invitación de “Chucho Agua”. Hacíamos una labor permanente de concientización sobre lo que estaba pasando a raíz de la crisis cafetera, así como la voluntad de tejer esfuerzos para actuar frente a las duras plagas generadas por la epidemia de la roya. Sumado a lo anterior, las políticas de apertura económica de Barco y Gaviria se tradujeron en la reducción de la producción cafetera. Ya no alcanzaba

el dinero con *la carga* que se sacaba al mercado en los años 80 y el productor tuvo que sobrevivir con 20.000 pesos por *carga*. Las garantías también se fueron acabando, subsidios, acompañamientos técnicos y *las gabelas* del Estado cambiaron por las políticas del garrote. Estábamos viviendo los tiempos de la cuerda floja en el mercado ¿aquello habrá cambiado en la actualidad?

Debido a lo que estábamos viviendo nos *tiramos* a la carretera durante días. Fue por el 2001 que conocí la circunstancias que lo obligan a uno a actuar y también a afrontar los gases lacrimógenos. Se logró que las deudas contraídas con la banca fueran perdonadas luego de meses de movilización social. Un gran logro para nosotros que somos pequeños, pero ¿y ahora cómo estamos? “Hoy no, mañana tal vez sí”: esa es la ilusión diaria que perseguimos muchos *barequeros*, comerciantes y caficultores de aquí.

En medio del ambiente de *zozobra* entré en los asuntos políticos para el año 2003. Con la experiencia cosechada desde la juventud en el liderazgo comunal, me lancé para hacer parte de la lista de delegados del Comité Departamental de Cafeteros. Con moto prestada y sin recursos hice, junto con mis compañeros, una campaña limpia en Quinchía. La competencia se volvió más reacia cuando me enteré que mi primo era el candidato opositor; apoyado por la alcaldía, el comité de cafeteros y las cooperativas, un día llegó a mi oficina a exigirme la renuncia y a ofertar un puesto si cumplía con aquella condición. “Claro primo, con mucho gusto, pero al frente de las personas que han depositado la confianza en mis ideas” le respondí irascible.

El conteo de votos me dio como vencedor con una diferencia de 100 papeletas, que demostraban la confianza de un pueblo en un espacio que parecía hermético para nosotros. Lamentablemente en Guática, las jugadas sucias nos impidieron colocar como delegado al segundo renglón de la campaña. “Si sigue con esos del Polo, mañana su carro amanece quemado” o “Usted sabe que ese día ni se acerque al puesto de votación”, decían las voces ahora dominados por algunos. Y así fue como inicié una *carrera política amarilla*, una apuesta que luego me condujo a la “muerte política” debido a que me limitó a participar en esta desde el 2015.

A raíz del trabajo hecho con Unidad Cafetera me presenté más públicamente, a tal punto que en el año 2003 fui diputado durante dos meses. Fue muy poco tiempo para todas las gestiones que se hicieron: la construcción de acueductos para dos veredas, conseguir recursos destinados a 40 escuelas

del Departamento, tramitar las libretas militares para varios de los hijos de habitantes de Quinchía, reducir el tiempo en el papeleo correspondiente al registro de las escrituras de predios; en fin, se buscó el bienestar de las personas, lo cual debería ser el fin último de la política

Bajo el amparo del artículo 31 del Código de minas se buscó la declaración de una zona de reserva especial en Quinchía, puesto que la Ashanti venía ejerciendo presión sobre nuestro territorio. En el año 2006, de 5.027 hectáreas solicitadas solamente nos dieron 585 bajo la figura de zona de reserva especial, cuestión que sigue vigente. Mientras que hay otras 15 concesiones mineras en proceso de solicitud por parte de las multinacionales. Por supuesto que no nos van a licitar más tierrita. Los tropiezos llegan a diario, siendo chicos compitiendo con los grandes; así se han naturalizado las cosas. Pero con las acciones enmarcadas en la lucha social es distinto, porque cada vez los lazos se fortalecen más.

Será más fácil unir a pequeños que a grandes...

Cuando se enfrenta a los grandes siempre hay algo que perder excepto si hablamos de la necesidad de agremiarse. Cafeteros, transportadores, panaderos, mineros, comerciantes, plataneros, cacaoteros, joyeros y moreros, los nueve gremios, entendimos que la unión hace la fuerza y el motor que la impulsa es sobrevivir ante las fluctuaciones del mercado, porque si no es así ¿qué le llevamos de comer a nuestras familias? Incluso muchos de nosotros debemos probar suerte en distintas asociaciones, y aun así, la plata no *rinde*. Hemos tratado de unificar las cosechas y, de este modo, mejorar su calidad para generar valor agregado a nuestros productos. Reducimos los insumos que producen tantas afectaciones en la tierra y en el bienestar de los trabajadores, es decir trabajar de una forma más orgánica y medioambientalmente sostenible. Aun así, haciendo todo esto, las condiciones que se imponen desde las grandes cadenas de supermercados no son diseñadas para los pequeños, sino para la comercialización en masa.

En Quinchía somos campesinos microfundistas, con la cantidad de tierra que posee cada uno –entre media y una hectárea– es muy difícil conseguir un capital mínimo de 50 millones para invertir; que es la cantidad exigida desde arriba con el propósito de sacar sus productos al mercado. Entonces, ¿qué estrategia hemos implementado? Defender los intereses del campesi-

nado pese a las dificultades que se presentan, como los hechos de violencia. La necesidad genera una segunda estrategia, optar por agremiarnos con el propósito de sostenernos en las lógicas del mercado excluyente. Incluso, sostenernos con créditos con terceros y endeudarnos, como nos encontramos muchos. Una vez ensamblamos la calidad de nuestros productos agrícolas, nos asociamos, porque la cantidad demandada en un almacén de cadena no se produce trabajando solo. Entonces, creamos cooperativas o asociaciones con el riesgo financiero de entrar en quiebra, esto debido a que comprometo el trabajo y la plata del otro cuando los pagos son posfechados. La llegada de los malos tiempos de cosecha causa la incertidumbre de qué hacer y cómo sobrevivir.

El mercado no está pensado para satisfacer nuestras necesidades. De la mano con la apertura económica, los monopolios y el sistema neoliberal generan políticas en contravía de la subsistencia diaria de la economía campesina, lo que siembra dudas sobre cómo hacemos para alimentar a nuestra familia. De hecho, una última estrategia para poder sobrevivir pareciera ser acogerse a las mismas políticas y lógicas mercantiles planeadas por y para los grandes. No hemos encontrado otra alternativa que se desligue de esta dinámica global. Sí, claramente es más fácil unir a los pequeños, lo complicado es seguir luchando contra la corriente.

Y esa pequeña empresa familiar empezó a derrumbarse de a poco, por las balas, los muertos y la guerra

La finca fue la empresa familiar. Entre cerdos, gallinas, vacas, café y fríjol abundaba la riqueza en un *recodito* de la vereda Juantapao; mientras que yo, con tan solo 10 años estaba terminando el bachillerato en el casco municipal. 50 hectáreas y 20 trabajadores rodeaban a mis nueve hermanos, a mis padres y a mí. En tiempos de bonanza cafetera vivimos la armonía familiar. En temas de desarrollo de proyectos, *de brazos cambiados*, de convites, de juntas de acción veredal, existía el sentido comunitario y la prosperidad florecía en cada finquita. Así fue como imaginaba mi mundo por los ochenta, un pasado económicamente más viable y una cotidianidad agradable entre cañaduzales, montañas y cafetales.

Durante la roya y la broca nos sacudió la difícil relación entre el campesinado y la guerra. Ni siquiera ante esa difícil coyuntura que afrontamos perdimos

el sentido comunitario, porque entre todos nos turnábamos para vigilar la camioneta blanca que empezó a merodear en las noches de niebla durante el transcurso de los años ochenta. Ante cualquier amenaza de “Los Magníficos”, defendíamos a nuestras familias con las obsoletas escopéticas que dejaron los ex combatientes de la Violencia bipartidista. En tiempos de riqueza y guerra nos aferramos a la idea de vivir bajo un limbo del mañana.

El hecho de administrar tantas hectáreas me generó problemas con un comandante de un grupo armado. Resulta que recomendado por un vecino llegó un muchacho a trabajar en la finca, duró un buen tiempo hasta que reveló su identidad de infiltrado. Solamente pensé “cuando los tiempos de cosecha apremian para qué revisar las hojas de vida”; por fortuna el muchacho se fue, pero permanece el miedo de que una situación igual se repita. Nunca creí que poseer un pedazo de tierra generara interés en los “ideales revolucionarios”.

Entre el 2001 y el 2004 fue la arremetida paramilitar en Quinchía. Ahí sí el abandono de la finca fue sistemático, mis hermanos se fueron y yo me quedé haciendo frente a las labores agrícolas. A un primo, que lo llevaron preso cuando la captura del pueblo, lo mataron, cuando gozaba de libertad. Entonces, el desarraigo familiar fue general y recayó en el abandono de la finca; pasamos de emplear a ser empleados sin experiencia, porque muchos de nosotros no habíamos terminado los estudios ni trabajamos al *jornal*, sino que administrábamos. Vendimos los carros, las propiedades, pagamos las vacunas y salimos corriendo sin rumbo, a probar suerte en otro lado. Cuando entrábamos al pueblo, al menos es lo que recuerdo, me tocaba llegar con escoltas, y uno toda la vida acostumbrado a andar por las calles sin protección ¿Muy *berraco*, no?, pero así tocaba pues contra la mayoría de los líderes se inició un enfrentamiento directo. Escondidos en las casas durante semanas escuchábamos los rumores de las muertes, pero un líder se caracteriza porque no sabe callar. Es por esto por lo que, junto con Chucho Agua, seguimos en la defensa del campesino, la tierra y el territorio.

Sepultamos a mi primo un domingo y al día siguiente estaba obligado a pagar 2 millones para la guerra. Mientras esos acontecimientos sucedían, la finca seguía abandonada. ¿Quién iba a pensar que el paso por la política defendiendo *los ideales amarillos*, nos convertiría en blanco de los actores armados? Entonces ¿Qué debía haber hecho? ¿Seguir huyendo ante la presión de las AK-47?, ¿Desplazarme a otro lado, producto de los panfletos o de los infiltrados que me amedrentaban por ahí?, ¿Vender lo único que teníamos

para subsistir?, propiedades que ya no valían casi nada pues, bajo el estigma de ser Quinchía un pueblo guerrillero, sus precios cayeron por el suelo. Lo que hice y seguiré haciendo fue y será, no callar, aunque la vida corra riesgo. Esa es la verdadera esencia del líder social.

La pequeña empresa familiar empezó a derrumbarse de a poco por las balas, los muertos y la guerra. Sin nadie que la trabajara, abandonada por las prácticas de violencia y reventado económicamente, retomé el proyecto iniciado por mi padre muchos años atrás. Esta vez la diversificación de los cultivos y las ideas fueron la clave para producir distinto en un contexto económico adverso. Panela, cerdos, ganadería a pequeña escala, producción orgánica, frijol y por supuesto café, hicieron parte del experimento para levantar 50 hectáreas de tierra. Hice parte de seminarios internacionales en Lima, alcé mi voz en el Congreso argumentando el arduo contexto del sector cafetero y minero, en fin... Lo he intentado todo y sigo *reventado*, inclusive con el nuevo proyecto de explotación aurífera, del que ahora me quieren sacar.

No ha sido fácil sobrevivir en Quinchía, pero yo sigo persistiendo: un nuevo proyecto bañado en oro

Duele saber que en el imaginario social “los que hacen minería de manera adecuada son las multinacionales”. En el 2006, luego de que declaran el área de reserva especial en Quinchía, comenzó el desarrollo de una mina artesanal. A finales de ese año se creó la Corporación Área de Reserva Especial (Corpoare), con el fin de integrar a pequeños mineros -entre ellos barequeros y *chatarreros*- en búsqueda de la extracción de oro. Pese a que la mina está frenada por épocas, genera 21 empleos directos y 4 por prestación de servicios. Uno espera el acompañamiento institucional, pero lo que se evidencia es la persecución a quienes estamos tratando de hacer las cosas de forma distinta.

Con el propósito de conseguir la licencia por parte de la Corporación Autónoma Regional de Risaralda (Carder), contribuimos a mitigar los impactos ambientales producidos por la minería y participamos de programas de reforestación, porque aún hay muchos que por desconocimiento, o por falta de recursos, siguen usando el mercurio en el proceso de sedimentación de las rocas. Las consecuencias ambientales y en materia de salud son incalculables. He sabido de casos de malformaciones que se extienden hasta la tercera generación; o los desechos derramados sobre el río, que llegan a las fuentes

de agua de las viviendas y causan afectaciones a quienes las beben. Una vez en el cuerpo no es posible expulsar el mercurio. Los pequeños no somos los únicos que reproducen esta práctica irresponsable, sino que también la Ashanti con su filial Sociedad Khedada lo sigue haciendo, con el atenuante que la Carder les otorga todo lo que solicitan. ¿Cuál es el paso que se debería dar?

Iniciar legalizando y luego explotar era empezar con el pie derecho. Dejar de usar el mercurio y los productos químicos representó el segundo paso. Ahora, con el empujón final, debería venir el acompañamiento técnico y pedagógico, debido a que somos 77 mineros (de los cuales 23 son mujeres) quienes estamos apostando a la formalización, pero aún hay 4.000 que siguen en la informalidad. Además, el Estado se va volviendo más pequeño en la medida en que contratamos personas de la región. En cambio, su presencia diferenciada ha ido legitimando la existencia de distintos actores en el territorio. ¿Esa no podría ser una razón lógica para invertir en proyectos piloto y así apostarle a la construcción de procesos de reconciliación y paz? Tal vez ellos económicamente lo ven como una carga fiscal, entre tanto “es más sencillo” seguir privilegiando los intereses de los grandes.

A pesar de la persecución política a nivel local sigo persistiendo en un nuevo proyecto bañado en oro. Corpoare y mi paso como fundador y representante legal en la Federación Nacional de Pequeños Mineros, me abrieron espacios con la finalidad de transmitir las necesidades de los pequeños mineros, así como la capacidad de administrar un nuevo negocio. Es que a los 17 años ya estaba trabajando como *barequero*, por lo cual no me fue difícil volver a las raíces, así durante unos años hubiera “estado cerca de la cima”. Esa fue también la razón para ayudar a muchos a salir adelante.

Aprendí el arte de la pequeña minería no sólo con los mineros de La Soledad, sino también a partir de la tradición legada por parte de mis abuelos, pues mis antepasados se dedicaban a esta actividad como una alternativa económica. ¿Cómo es posible que, en la actualidad, las instituciones vengan a ayudarnos con propuestas de cambiar la pequeña minería por cultivos de hortalizas? Si en Quinchía estamos entre los 1.000 y 1.400 msnm y esos cultivos se siembran en climas fríos, ¿acaso no hay una noción de la cultura productiva de la región?

Vigilancia, seguimiento, control y sanción sobra por parte de las entidades hacia los pequeños, entre tanto el acompañamiento pedagógico vaga como

un ánima. Resulta bastante llamativo el hecho de que los caminos que conducen a las explotaciones auríferas de las multinacionales son transitados a través de *placas huellas*. En contraste llegar a las minas implica atravesar los caminos de trocha. Aún más escalofriante son las sanciones impuestas a las pequeñas mineras debido a los impactos medioambientales que ocasionan, sin tener en cuenta lo que empresas canadienses y sudafricanas hacen aquí en Quinchía.

A una hora del casco municipal se encuentra la nueva microempresa minera. El proyecto piloto refleja una más de las expresiones de la violencia en Colombia, luchar contra la rígida estructura estatal amparada bajo el funcionamiento de las instituciones. Es decir: no solo se huye de las balas, sino también de *las tomas*, la estigmatización, los actores armados y un constante temor de no poder despegar tras luchar contra los grandes del sistema. Eso de hacer empresa ha sido muy, pero muy duro. Ya pude abrir 500 metros de vía para llegar a la mina. Sin embargo, lo más triste es ver cómo los pequeños hemos estado en distintos procesos y no es fácil renunciar de la noche a la mañana a lo que hemos construido durante años. He persistido, aunque el aparato burocrático y algunos que me daban la mano ahora me dan la espalda, porque creo fielmente en la defensa de los intereses de los pequeños.

El por qué del reconocimiento como un “papá” en Quinchía

Hoy en día el costo de vida se ha encarecido y el poder adquisitivo ha disminuido. Asimismo, el constante uso de los agroquímicos ha propagado las plagas, cada vez más difíciles de controlar. Los transportes son cada vez más caros y los intermediarios son quienes sacan la mayor *tajada*. Hecha la ley, hecha la trampa, debido a que en el tema minero los comerciantes falsifican los documentos y registros de *barequeros* presentados ante la Agencia Nacional de Minería con el fin de legalizar el proceso de extracción del oro. Sin duda, nos enfrentamos ante una crisis en el campo, eso sin contar a quienes migran con el firme convencimiento de encontrar mejores oportunidades en la ciudad.

El voz a voz me dio el apodo en los tiempos de crisis. Tal vez fue la señora Trejos, o uno de los Zuluaga, o los Gómez, no recuerdo muy bien. Estoy seguro de que fue alguien que depositó su confianza en el trabajo hecho con Unidad Cafetera. Recuerdo exactamente la situación.

Esto me ganó recelos políticos, y al mismo tiempo el reconocimiento de la gente. Cada vez que pasaba por la plaza alguien me saludaba cercanamente. Era una sensación extraña y fue más aún cuando escuché de un desconocido “¿Cómo le va Papá?”, respondí con cortesía y seguí caminando pensativo. Mis opositores políticos de tanto oírlo por ahí creo que hasta se lo aprendieron. “¿Cómo es que ahora represento la figura paterna de algunos habitantes de la región?”, reflexionaba yendo hacia mi casa. Creía que era el reconocimiento a las labores hechas por el pueblo, la respuesta acertada ante mi inquietud. Sin embargo, la persecución política continuó manifestada a través de 50 mensajes amenazantes por medio de redes sociales.

Al irse el agua en el municipio, al gestionar un convite, al haber alguien enfermo o algún herido, ¿qué tocaba hacer?, buscarme. La semilla de confianza se depositó en la representación de los quinchieños sobre mis capacidades de liderazgo. Estaba al servicio del pueblo, pero eso de ser el “Papá” es una responsabilidad muy grande. Gente fina sí que hay por todo lado. Gente buscando salir adelante, sosteniéndose en una posición en medio de la pobreza, personas que, aunque no estén viviendo acá me dicen que cuente con ellas. Es la herencia de una población herida históricamente, y que persiste en el tiempo.

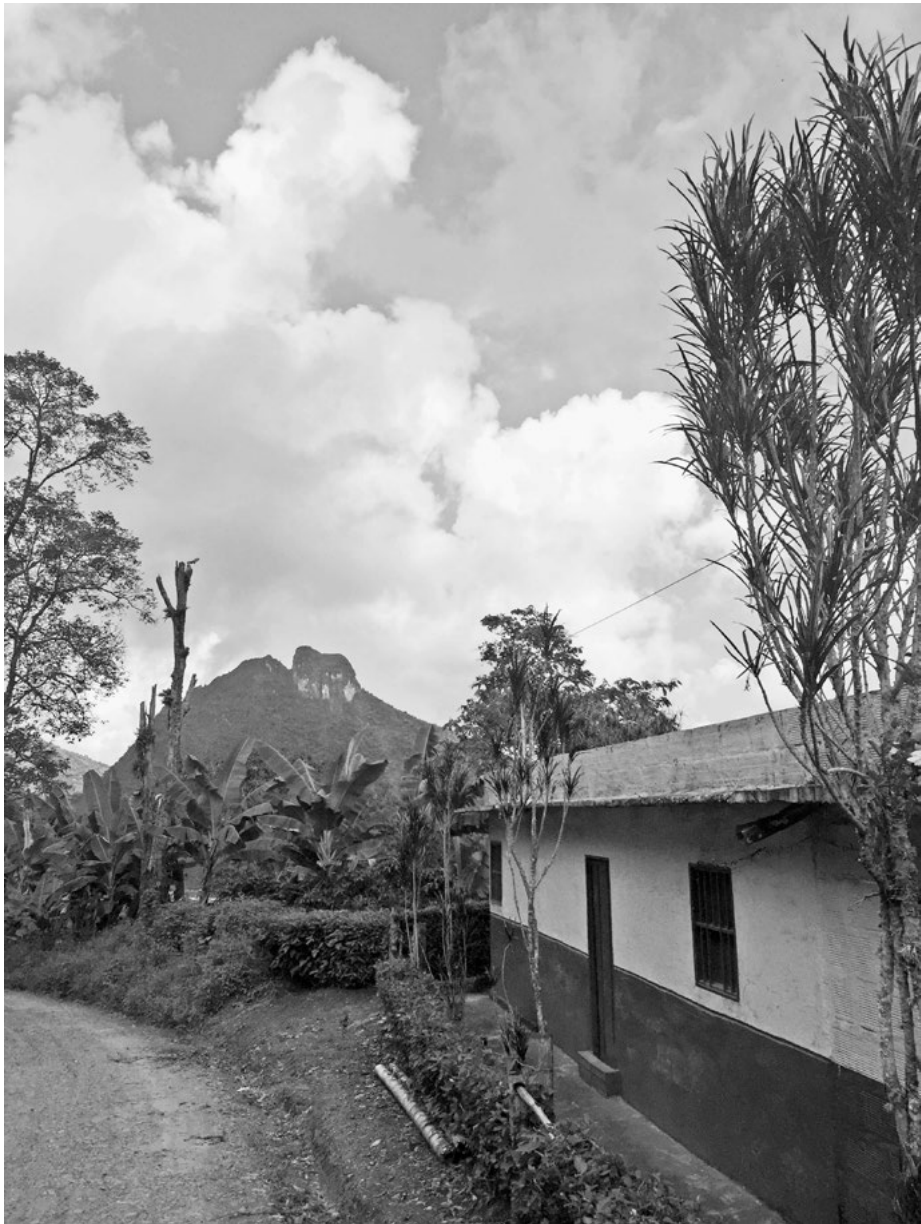


Imagen 6. "Camino a la mina". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2019).

V. Amparo, “Amparito”: cómo ser mujer en el campo

Aquel 24 de marzo me sudaban las manos tras bambalinas, trataba de recordar el libreto, el que había hecho con mis propias manos y que luego, tras varios ajustes de la directora, encajaba perfecto en esa escena... No podía, mi mente seguía en blanco o se me cruzaban un millón de pensamientos en un segundo, ¿cómo no era capaz de recordarlo? Si lo había escrito exigiendo justicia, qué torpe que soy al no acordarme de eso... ¡Qué nervios!, ya casi me toca y preciso debo ser, al principio, muy cuidadosa, que no suenen mis pasos en ese piso de madera desgastado; y luego, dar un discurso sobre lo que la guerra me arrebató. ¿Qué ironía, no? ¡Ay! A la mano de Dios, ya no hay tiempo para acordarme letra por letra de lo que había ensayado . Hija, solo pienso en ti, en lo mucho que te extraño diariamente. Me acuerdo cuando eras pequeña y te peinaba en mi regazo; cuando caminábamos de la mano por la plaza principal del pueblo, de tu sonrisa...de tu hermosa sonrisa, cómo olvidarla, si con ella me levantaba a diario; de tu helado favorito, sí, ese que comprábamos en la tienda de Jorge; de lo orgullosa que me sentí cuando te fuiste de la casa, y al ratico ya te estaba extrañando. Por ti, hija, salí al escenario, a hacer catarsis actuando.

Soy Amparo, aunque muchos por aquí me conocen como Amparito. Hace poco cumplí 74 años y, aunque desde chiquita me ha tocado pasar por las duras y las maduras, acá sigo exigiendo justicia en memoria de mis hijos, y para lograr tranquilidad conociendo la verdad. Historias por contar tengo a montones, pero además de las narraciones de dolor, quiero retratar lo que significa *ser mujer en el campo*, porque de allí surge una condición y una transformación.

¿Qué hacer ante la certeza de la muerte?

De los 12 hijos que tuve en total, solamente 7 sobrevivieron, de esos, 2 me los mataron y ahora tengo cinco: 3 mujeres y 2 hombres. Aunque si me lo permite voy a ahondar en esa historia. Aburrida de los tratos de mi abuela me fui a probar suerte en otras tierras, así fue como a los 16 años llegué a Pereira. Una señora me ayudó a conseguir un trabajito en una casa de

familia, después de un tiempo llegó un señor a trabajar ahí en esa casa, y con él vino mi primer hijo. Decidí irme, así, embarazada, para Cali. Como lo que aprendí en Pereira fue hacer los oficios de la casa, seguí realizando lo mismo en el hogar de un marinero. Allá me trataban muy bien, incluso su familia me recibió encinta, y estando ahí tuve mi primer hijo, porque eso sí, hasta enfermera me pagaron. Sin embargo, me ofrecieron dinero para quedarse con él: “vea Amparito, con nosotros el niño cuenta con todas las oportunidades para salir adelante, de ser alguien en la vida, a su lado va a pasar penurias y sufrimientos”, me decían. Me hubiera gustado verles la cara esa tarde que me les volé, justo en el momento en que ellos traían todos esos papeles para firmar. Por supuesto que una madre, así no tenga un peso para sostener a sus hijos o darles una vida llena de privilegios, no deja a un niño abandonado.

Me vine para La Virginia, donde conocí al padre de mis otros dos hijos. Vivíamos en una finca él, mi hijo (que ahora trabaja en una aguacatera) y una de mis hijas. Luego de muchos años retorno a Quinchía con 3 hijos. Estando acá sufro la primera ironía de mi vida: el hijo que me pidieron entregar a esa familia en Cali, asegurando que tendría un buen futuro, empezó a trabajar en el ejército y por el año 91 lo mataron en Acacias, Meta. Después de mucho tiempo pensaba ¿cuál habría sido su destino si lo hubiera dejado con aquella familia? Y luego me respondía “el amor por un hijo puede superar hasta la falta de dinero”. La segunda ironía es que como mujer me conquistaron el oído y el corazón, y para levantarlos y conseguirles la comida me tocaba trabajar de casa en casa cocinando, planchando, haciendo aseo.

No me sorprende, la verdad, de mi padre también se decían muchas cosas en el pueblo, por ejemplo, esa historia de la agenda donde anotaba todos los nombres de las mujeres con quienes había intimado, junto con los nombres de los hijos, eso sí sin su apellido. Se decía que si un niño nacía y no se sabía quién era el papá, seguramente “pertenecía” a Hernán. Así eran esos tiempos, crecimos creyendo que los hombres se debían desempeñar en el oficio público –incluyendo el estar con varias mujeres–, mientras que nosotras, deberíamos estar dedicadas a la casa, cuidando los hijos.

Luego de la muerte de mi primer hijo vino la inseguridad. Y aun estoy reclamando la indemnización que me corresponde, pero en el ejército me dicen que como a él lo mataron en el 91, en ese momento no existía la ley para

indemnizar a las madres de los soldados muertos, solamente aplica para muertes después de 1997. Con la pila de papeles que cargo siempre conmigo a Pereira y la insistencia ante las autoridades, lo único que logré conseguir fue una platica para sentar las bases de la casa que tengo hoy en día. Tiempo después por Ley de Víctimas, me dieron otro dinero y con eso seguí construyendo mi ranchito. Es decir que ahora vivo bajo un techo propio, pero sin mi hijo al lado. ¿Será esa la tercera ironía de la vida? ¿Recibir la reparación económica sin un ser amado acompañándome?

Lucía, nada más amado que lo que perdí

Ya se me había anunciado antes, fue después del incendio que hubo en ese almacén cerca al comando de policía que empezaron a llegar esos mensajes angustiosos. Yo trabajaba organizando, haciendo aseo, limpiando pisos, lavando y planchando en el comando; y es que, después de ese incendio sí que trabajé el doble. Ellos, para poder pagarme, recogían una cuota cada mes y yo recibía sus ropas por docenas, porque a veces algunos de ellos no tenía sus señoras por acá para que les hicieran esas labores. Ya no recuerdo muy bien si fue mi hermano quien me recomendó, pero les gustaba mi trabajo. Cada día o semana, dependiendo de la cantidad de ropa, me la llevaba a mi casa para lavarla y plancharla. Fue por esa época que las voces de intranquilidad empezaron a alertarme.

“Doña Amparo, usted no siga cargando esos uniformes hacia su casa, porque a usted le van a hacer un atentado, le digo a usted por hacerle un favor, iusted verái porque la verdad es que corre peligro”, fue la primera advertencia. Como necesitaba ganarme mis centavitos, empecé a hacer esos oficios en la estación de policía. Sin embargo, los murmullos no cesaron. “Amparo, vuelvo y le repito, usted está peligrosando porque le está trabajando a ellos, luego no me diga que no le avisé...”. Ahí sentí el temor de estar ante la certeza de una muerte anunciada, entonces me fui para Pereira a vivir un tiempo con mi hijo.

Lucía, mi hija, sin trabajo y con dos bocas que alimentar ella sola, porque el papá de los niños se fue, ocupó el puesto que dejé. Ella trabajaba diariamente, estaba feliz con el puestico, había un buen ambiente laboral y lo mejor era que con la paga conseguía el alimento diario. Unos días después, un papel con mala ortografía, pero bastante amenazante, anunciaba la inminente

suerte de varios de los habitantes de Quinchía, marihuaneros, alcohólicos, líderes; el nombre de mi hija aparecía en esa lista. La perturbación de ella fue tal que ni siquiera estaba segura si aquel panfleto cantaba una muerte segura o un desplazamiento obligado. Le tocó preguntarle a aquel carnicero que me advirtió meses atrás. Efectivamente era ella. Asustada decide irse a trabajar dos meses en el hospital. Pero luego los policías le dicen que por qué no volvía a trabajar en el comando, pues su vida no corría riesgo. No obstante, no la dejaron ni terminar el mes.

La oscuridad de la noche, cómplice de los hombres aficionados a los juegos de azar, de las mujeres que no trabajan bajo la luz del sol, de los borrachos, de la música de cantina, de las fiestas del pueblo, también fue testigo del asesinato infame de mi hija. A eso de las 7:30 golpearon a su puerta. Ella se había acomodado en un pequeño ranchito al lado de mi casa. A las 7:35 ya los golpes fueron más bruscos, más urgentes, con más necesidad y con temor por ser descubiertos de aquellos transeúntes nocturnos. El alto volumen del televisor y la compañía de su hija la distraían de aquella cita con la única pregunta que hizo uno de ellos “¿Usted cómo se llama?”, “Lucía” respondió, y ahí mismo le dispararon. Mi otra hija se le abalanzó al victimario pero no pudo hacer nada; ella se salvó de milagro.

A las 9:30 mi hijo recibió la llamada y me dijo “mataron a Lucía”. Sin un peso, pero con la ayuda de mis vecinos logramos llegar a Quinchía, viajé con mi hijo y una pequeña alcancía para enterrarla. De ahí en adelante inicié mi larga travesía para reclamar justicia, cuestión que con el tiempo se va desvaneciendo. Desde ese día, uno de los miles de interrogantes que se cruzan por mi cabeza es ¿qué pensar ante la certeza de la muerte?

El poblamiento del barrio José Antonio Galán

En los años 70 cuando regreso a Quinchía anduve viviendo de posada en posada, en las casas que me dejaban dormir. Recuerdo que, por esa época, el potrero donde yo iba a encerrar las vacas de mi abuela se convirtió en un epicentro de invasión. Liderados por Marcos García, las personas que no teníamos un lotecito, empezamos a adueñarnos de a poco de ese pedazo de tierra. El *finao* Carlos me regaló las ruinas de una casa. Me dijo: coja lo que le sirva, y déjeme el terreno desocupado. Así empecé mi propio ranchito. La junta del barrio y los vecinos me ayudaron con el trasteo, mientras con mis

hijos busqué los materiales para embellecerla por dentro. Ahí me metí y es en donde vivo actualmente.

Mientras tanto mi vida avanzaba, trabajando en distintas fincas, ya no desempeñaba los roles y oficios de barrer, trapear, cuidar niños o lavar la ropa, sino que era recolectora de café. Pienso que esa es la dualidad de *ser mujer en el campo*, realizar varias actividades en un mismo espacio y tiempo. Con eso sobrevivía, conseguía el alimento, vestía y hasta alcanzaba para el que quisiera estudiar. Me salí de coger café cuando mis hijos empezaron a trabajar. Nuevamente, como un viaje al pasado cuando estaba en Cali, empecé a laborear en las casas de las familias haciendo aseo o cocinando, de esta forma sobrevivía sola.

Recogiendo café en la finca de los Palacios viví la época de “Los Magníficos”. Recuerdo ese carro blanco rodando por la noche invadiendo de temor a quienes andaban por ahí, una realidad que no podía ocultarse; era una paz intranquila la que se sentía en el ambiente, ya que a fin de cuentas había balas y muertos al bajar la luz del día.

Una tarde veníamos de coger café con todas las mujeres, sí que había mujeres berracas para la caficultura. Caminando hacia el pueblo empieza un escalofriante tiroteo, la única salida fue escondernos en un potrero y a *gachas* salir por el otro lado. Tiempo después los vecinos cuentan que fue un atentado del EPL en contra de “Los Magníficos”. Aunque la violencia en el pueblo daba mucho miedo, se transformó en una rutina el hecho de saber cómo huir ante el traqueteo o los disparos desconocidos. Incluso, cambia la forma de actuar ante los hechos de violencia, como mujer ya hay una condición y predisposición frente a la guerra. Así crecí y eché raíces en el barrio Galán, en medio de los vecinos que me daban la mano, pero también alrededor de un ambiente de zozobra por los posibles enfrentamientos entre ellos mismos.

Por la vecina me enteré de mi madre

Cuando era pequeña llamaba a mi abuelita “mamá” y escuchaba cuando mi papá le decía lo mismo. Inquieta ante esta situación, un día le pregunté a mi papá y él me respondió que “dejara de preguntar bobadas”. En una visita inesperada, las imprudentes palabras de mi vecina me enfrentaron ante la realidad. A los dos días fui a su casa a preguntarle por qué le había dicho a mi abuela que me contara la verdad. “Ay Amparito, es muy difícil para mí decirle

esto, pero es mejor que usted lo sepa: su mamá las dejó un día con la abuela y nunca más regresó”. Cuenta que una noche nos salvamos mi hermanita y yo, por su alarmante mirada frente a los hechos. Luego de abalanzarse sobre mi madre para impedir que nos ahogara, nos llevó a donde mi abuela. Al otro día mi tío la fue a buscar, pero ya se había volado. Sin embargo, yo siempre tuve deseos de conocer a mi madre.

Nuevamente recurrí a mi vecina, quien me contó dónde estaba mi mamá. A raíz de mi insistencia, en uno de sus viajes a Pereira, mi padre nos dejó con mi abuela de camino a La Virginia. Ella salió y saludó a mi abuela, preguntando “¿Y esa quién es?” “Una de las que dejaste botada”, respondió con vehemencia mi abuela. No sé qué fue lo que más me incomodó, si su risa luego de la respuesta de mi abuela, o que intentara acercarse para tratar de recuperar el tiempo perdido. Tampoco siendo tan pequeña esperaba enfrentarme a una situación tan difícil, pues no hubo espacio en el almuerzo para la explicación de mi abandono, ni mucho menos para hacer la pregunta, pues en esa época uno casi que ni podía hablar. “¿Por qué lo había hecho?” Luego mi papá llegó y él sí me hizo una pregunta “¿Ya se le quitaron las ganas de conocer a su mamá?”.

Seguí viviendo con mi abuela, mi papá y mis dos tíos hasta los 16 años, cuando el camino me abrió las puertas hacia el Pacífico. Después tuve mis hijos y me partí la espalda criándolos sola y dándoles un hogar con mucho amor. Pese a los acontecimientos de dolor que surgieron con algunos de ellos, en la actualidad transito al perdón y exijo justicia en memoria de mis hijos.

Cinco segundos de catarsis en el escenario

Los días previos a la obra de teatro, cuando participaba en los talleres de formación, no me resistía a las escenas de muertes, tenía que huir de allí, dar un respiro porque sentía que me ahogaba. Con el paso del tiempo me di cuenta de que las representaciones por medio de mi cuerpo aliviaban la pesadez de mi memoria, y me tranquilizaba, por eso permanecí en la obra hasta el último día. Finalmente, el día de la presentación los nervios me invadieron, aunque los recuerdos fueron el motor para salir a escena. No creía que la luz encandelillara tanto mi rostro y ver el espacio negro me hacía pensar que el teatro estaba vacío. Era mi momento, yo nunca había hecho esto, pero hija, tú volviste a mi mente, y en ese instante lo dije sin temor: “Me llamo

Amparo, vengo reclamando desde hace mucho tiempo por la muerte de mis hijos. En Pereira nadie me dice nada, después me mandan de aquí para allá y ninguno responde. Vean, estos son todos los papeles que he reunido luego de la muerte de ellos, no me voy a cansar hasta saber qué pasó y cómo es el proceso de reparación. Pero que alguien me diga qué es lo que debo hacer para conocer la verdad y hacer justicia...”.

Salí del escenario, ¿tan sólo cinco segundos de mi discurso contrastados con semanas de preparación? Sin embargo, la ligereza de mi mente y cuerpo me hizo sentir un descanso. Sabía que aún no había hecho el proceso de reparación por los obstáculos institucionales, pero por lo menos había conseguido un efímero momento de paz interior. Luego vinieron los aplausos y el llanto del público, ya para ese instante era otra. Acabo de cumplir en julio 74 años de vida y la mayoría de ellos habitando este territorio, la violencia estuvo presente desde pequeña, cuando se armaban Pedro Brincos, La Aviadora y Venganza; ellos que descansan en paz, nosotros seguimos resistiendo a los ciclos de guerra que suceden aquí.



Imagen 7. "Cinco segundos de catarsis en el escenario". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

VI. Querida Olga: una carta de amor por la cultura

“Ustedes ganan mucho profe, uno los ve por ahí paseando en carros, con platica”, me dijo en alguna ocasión un alumno; en la época de mi mamá las maestras se quejaban mucho “¡Este sueldito de maestra no alcanza!, decían”, por eso el asunto de ser maestra no me sonaba, no quería pasar la vida quejándome; pero sin darme cuenta fui forjando la vocación: mi mamá me llevaba a sus clases y yo les enseñaba a los niños a cantar, les ayudaba con las carteleras, *les payaseaba*. En esos escenarios brotaba la vena profesional transmitida a partir de la experiencia de mi mamá siendo profesora. ¿Cómo no explotarla, si desde chiquita la tenía?

Soy Olga Lucia Carrillo, casi la mitad de mi vida dedicada a la docencia. Aunque la fotografía y el teatro fueron mis primeras pasiones, opté por la más bella vocación y al mismo tiempo la más complicada: derrotar la ignorancia compartiendo mis conocimientos con los jóvenes, además de ofrecerles herramientas para su formación integral. En el camino también he aprendido de ellos, pues sus experiencias personales hicieron fijarme en su adversa cotidianidad. Maltratos, golpes, la ausencia de los padres, los que son borrachos, ladrones o drogadictos, quienes llegan sin desayunar al colegio. Esas situaciones siempre han sido dolorosas y debo admitir que nunca supe cómo manejarlas en un aula de clase.

Tomando fotos me saqué la espinita con el profe Maldonado

En el año 86 entré a la Universidad Tecnológica de Pereira (UTP) a estudiar español y comunicación. Opté por un énfasis sobre medios audiovisuales y fue el momento adecuado para explotar la pasión que tenía desde el colegio, tomar fotografías. Hubo el primer concurso de fotografía, donde debía ser retratada la realidad pereirana. Finalmente participé con una foto tomada del 4 piso del edificio del Ictex ubicado en la 8ª con 19. La fotografía no ganó porque no identificaba la ciudad, pero me dieron una mención. Un profesor de apellido Maldonado decía que era plagio, lo que me dejó una *espinita* guardada durante más de cuatro años.

Un día llega Maldonado a Quinchía a dar una conferencia sobre fotografía. No sé si sea virtud o defecto, pero yo guardo las cosas que me suceden por mucho tiempo y cuando llega el momento las saco sin arrepentimientos. Pedí la palabra y le dije: “¿profesor no se acuerda de un concurso que hubo en la Tecnológica hace 4 años?, usted dijo que la imagen del plano contrapicado de una monja transitando en un aguacero abismal, hecho desde el edificio del Icetex, fue sacada de una revista alemana” y eso no fue así, usted podía verificar por la manera como se tomó la foto. El silencio fue su única respuesta, además de que tampoco reconoció la mención de honor otorgada por la Universidad. La memoria herida habló luego de cuatro años de aquel hecho.

Años después, trabajando como reportera me enfrentaría no solamente contra el silencio y el desprestigio, sino ante la posibilidad de morir. A María del Mar, mi hija, le cuento este suceso porque en la profesión que ejerce uno se corren muchos riesgos, más aún cuando se trata de denunciar las injusticias en el periódico. Ella, como está estudiando comunicación y periodismo le sirve, además, a modo de formación personal frente a lo que la academia no le va a enseñar, sino los tropiezos de la vida.

Mi encuentro con Cirso

Antes de entrar a la Universidad, del 80 al 86, trabajaba por las tardes como corresponsal de prensa en Quinchía. Ya para esa época era novia de Hernando, abogado y primer juez del municipio. Ocurrió el secuestro de unos niños en La Unión y se presumía que el responsable era el hermano de Cirso Zuluaga. Como estaba cubriendo la zona, llamé al diario *La Patria* a reportar la noticia: “Jefe mucho cuidado, por favor que quede anónimo”, le dije preocupada ante cualquier represalia. Al día siguiente se publicó el titular *El energúmeno*, por Olga Carrillo, en primera plana. La citación a la finca de los Zuluaga no se hizo esperar.

Contáme Olga ¿qué fue lo que publicaste? –me dijo mi novio Hernando

Mandé el reportaje a La Tarde de lo que venía pasando en La Unión –respondí sorprendentemente pensando que él aún no sabía.

¿Qué estabas pensando?

Los del EPL colocaron una bomba en La Unión y, al parecer, en respuesta “Los Magníficos” secuestraron a unos niños.

Mirá, esa gente está furiosa y te va a tocar retractarte. Por allá en las moreras no se puede pasar porque le disparan a la gente. Oís, ¿cómo fuiste capaz de llamar a Don Cirso “energúmeno”?

¿Qué significa eso?

Fuimos juntos a la mítica finca de los Zuluaga. Diplomáticamente Hernando empieza a mediar y a tratar de que escuchen mi versión de los hechos. Solamente podía observar con recelo al guardaespaldas de dos metros que contrastaba con el metro cincuenta de don Cirso. Conté lo sucedido y no pronuncié una palabra más, Hernando fue el que hizo el resto. “Don Cirso, ella ni siquiera sabe lo que significa eso, yo tuve que explicárselo” –rogaba él por salvaguardar mi integridad.

Días después de ese encuentro, cuando crucé al lado de los 8 hombres que custodiaban al llamado “Patrón”, pasó a mi mente la imagen de un disparo en la espalda. Nunca se me olvidará, la impávida mirada de uno de esos hombres al cruzar por su lado, ni mucho menos el rumor que escuché cuando niña de que al papá de Cirso le habían construido su *féretro* con mucho tiempo de antelación. El señor padecía de gigantismo, se decía que saludaba con tan solo dos de sus dedos. ¡Imagínese el tamaño de este señor! imagínese el trabajo tan arduo para quien diseñó el ataúd para el “Gigante de Quinchía”.

De “Los Magníficos” se dicen muchas historias. Como por ejemplo que rentas de dudoso origen funcionaban como forma de intercambio en elecciones locales. Al igual que asuntos con mujeres, incluso cuentan que hubo un concurso de belleza arreglado por ellos.

Siendo profesora en un colegio distrital aprendí de la vida de mis estudiantes

Estudiaba en la UTP y trabajaba en la Contraloría Nacional. En el 86 los maestros ganaban 40.000 pesos, mientras que yo cobraba 130.000. Mi salario era tres veces más, por eso la idea de desempeñarme como profesora no la contemplaba mucho. La presidencia de Cesar Gaviria Trujillo llegó de

la mano con el neoliberalismo y los recortes no se hicieron esperar. Ya en esa época estaba esperando el nacimiento de María del Mar. En el 93 fuimos despedidos 5.000 empleados de los 12.600 que trabajábamos en la Contraloría General de la Nación. Tambaleábamos los funcionarios públicos ante la mano dura de la privatización. Nació mi hija en esa época. Tuve cinco meses de licencia para proyectar mi futuro. Como hija de una maestra, sabía que esta profesión se escogía por amor.

Con niños de cuarto y quinto de primaria tuve mi primer día de clases en la escuela Instituto Kennedy. Los nervios podían más que *el amor por el arte*. Siempre hice mi labor con mucha dedicación, pero la verdad este escenario era un poco hostil. Lo que nunca pude asimilar en esa época fue el distanciamiento obligatorio con el estudiante. En el transcurso de mi último día allá, se cayó un niño por buscar una pelota en un techo. El *golpe* fue tremendo, así que lo llevé al hospital. La responsabilidad pudo más que el deshumanizante sector educativo, por lo cual esperé hasta que la mamá llegara al hospital.

Los estudiantes de esta institución provenían en su gran mayoría de un barrio llamado Villa Santana en Pereira, habitado desde los 80 en su mayoría por personas que huyeron del conflicto armado. En sus orígenes fueron terrenos informales, ofertados por loteadores que especularon con sus precios. Estos terrenos fueron legalizados en el año 92, gracias a las luchas comunitarias de sus habitantes. No llegaba el agua, la escuela, la policía, la televisión, los camiones de basuras, las calles no eran pavimentadas, mucho menos las casas de ladrillos. Todo fue construido por ellos.

Algunos de los chicos –lastimosamente– llegaban con cuchillos a los salones de clase. Muchas niñas eran lindas, recuerdo en especial una muy asechada por los hombres. Yo educaba niños y niñas de 14 años en quinto. Fue así como enseñé durante dos meses: aprendí de las difíciles condiciones de vida de mis estudiantes, sus interacciones cotidianas y las problemáticas relaciones con sus familias. Tal vez sus padres manifestaban otra de las caras de la violencia, la intrafamiliar y sus hijos llegaban a manifestarla en el salón de clase con sus compañeros.

Fueron en total 10 años que viví delicioso en Pereira. Una semana trabajaba en la mañana y la siguiente en la tarde, de tal forma que Hernando también cuadraba sus horarios para cuidar a María del Mar, pues con tan sólo 6 meses nos daba miedo dejarla en manos desconocidas. ¡Qué buen vivero!

La felicidad desbordaba en el hogar. Aunque disfrutaba mucho la vida en Pereira, ese mismo año retorné a Quinchía.

¿¡Qué fue esto en lo que me metí!? **Máximo dos años para saber si esta es mi profesión**

Hace 26 años, en el momento que finalizó el paro de la Federación Colombiana de Trabajadores de la Educación (Fecode) del año 94, llegué a Quinchía. Envié la hoja de vida a las 12 del día y a las 2 de la tarde ya tenía el puestico asegurado. El nombramiento como coordinadora de un colegio en Irrá me tomó por sorpresa, ya que estaba pidiendo una plaza de español en Quinchía o en Pereira.

Cuando retorné con el cargo asegurado pensé que iba a escalar progresivamente educando. Sorpresivamente luego de años de experiencia, los nervios retornaron cuando me dijeron que debía enseñar en el grado 11. “¿¡Qué fue esto en lo que yo me metí!?”. Pataleaba furiosa bajo las sábanas al lado de mi esposo. Dormía dos horas porque mi hija se despertaba en las madrugadas; preparaba las clases tratando de captar la atención de los estudiantes e intentaba transmitirles mi conocimiento obtenido después de años de formación; esa sí que es una ardua labor. Así que me di el plazo de dos años y si no, había errado en el camino profesional. Afortunadamente no fue de ese modo, porque ahora que estoy pensionada sigo enseñando en el colegio.

Lo aprendido nunca se escapará de mi memoria y volvió como un vago recuerdo aquella tarde dando clases. Creí que a ese niño se le había metido el Diablo. Pese a que la norma prohibía comer en el salón, él estaba disfrutando de su helado y en eso una niña a punto de llorar me dice: “Profe, ese niño se está comiendo mi *bolis*”. “¿Ese helado es suyo?”, regañé al estudiante. “Por supuesto profe y si no, venga y me lo quita”, fue su amenazante respuesta. Luego de forcejear durante unos minutos conseguí tomarlo y continué explicando sobre las palabras esdrújulas.

Pedí la tarea ante la consternación de la clase y la respuesta del niño fue golpear con el cuaderno al compañero de al frente. Luego rompe la cartilla de una niña y se dirige a mí con el puño. Logré atajar el puñetazo, mientras que yo salía con lágrimas del salón. El rector no aparecía y la coordinadora relegando sus funciones me dijo que lo iba a solucionar. Sonó la campana del descanso, su sonido se asemejaba al final de un asalto en boxeo, sin

pensarlo dos veces redacté el informe. Resulta que el *pelado* de 11 años tenía antecedentes de amenazas a sus compañeros, así como maltrato, agresividad y puños, los que les proporcionaba el hombre de la casa, su padre, a su mamá al llegar borracho y *trabado* en las madrugadas. No hay duda, el niño había crecido, visto y replicado la manifestación de violencia vivida en su seno familiar.

Hubo otro caso de un niño que no iba a clase, no hacía los trabajos y ni siquiera almorzaba. Venía de una familia bastante pobre, con su padre a la cabeza, quien trabajaba como reciclador para obtener el sustento de su familia. Manifestaba su agresividad alejándose del entorno escolar. Al parecer con tan solo cinco años su madre fue asesinada muy cerca de él. ¿Cómo hacer un acompañamiento psicosocial frente a estas situaciones, para que posteriormente no se repliquen en acciones de agresividad o violencia? ¿Qué papel debíamos cumplir nosotros, siendo profesores, en búsqueda de una educación para sanar, reconciliar y aliviar la pesadez del recuerdo traumatizante? ¿Debería la escuela ser más cercana a los proyectos de vida de cada estudiante? A través del tiempo hemos reconocido la imprescindible necesidad de involucrarnos de manera más cercana a la psique y forma de socialización de una persona en proceso de formación, más aún en los crueles entornos rurales.

Por hoy: actuando en memoria de Hernando

*Estoy empeñado en hacer una Casa de la Cultura y
vos sos el legado de mi amor por el teatro.
Pasión sin frenos en cada escenario
La rigidez dirigiendo te hizo una artista excelsa.
Tenés que ser directora de lo que el pueblo rechazó.
Recordarás mi nombre tras bambalinas.
Con amor, Hernando.*

Un aneurisma se llevó a Hernando hace 6 años. Cada mes viajaba a Cali a litigar. Pero ese 2013 fue muy duro para nosotros. “Muchachos, su papá está aburrido en Cali” les dije riéndome luego de que me llamó quejándose. Quince minutos después sonó nuevamente el teléfono, era la hermana contándome que el primer abogado y juez de Quinchía se había desmayado en frente de la plaza Caicedo.

Me fui a cuidarlo luego de prometérselo a mi hija. Estando en la cita con el neurocirujano le dio un infarto, intentaron reanimarlo tres veces; sin embargo los esfuerzos fueron en vano. Por mi mente nunca pasó la posibilidad de su muerte temprana, pues era una persona muy saludable, hacía ejercicio, no fumaba y comía bien; se enfermó ese día y ahí mismo se nos fue: 22 de enero, apenas saboreando las mieles de la navidad, 57 ramos en su velorio ¿y su nombre en la Casa de la Cultura? Él fue uno de sus fundadores y nunca se interesó por los homenajes.

“Mirá alcalde, ese terremoto del año 79 ya tumbó la escuela, hagamos la Casa”. “¿Y eso para qué sirve?”, respondió estupefacto ante la que para él era una absurda propuesta. Pasaron 10 años después de aquella catástrofe natural, para contemplar construido su sueño: una casa cultural para el municipio. Hasta los conservadores aportaron unos pesos, pero siempre la cultura sobresalía por encima de los tintes políticos. Con el tiempo la gente empezó a apropiarse del espacio, porque uno la pasa muy sabroso allí: obras de teatro, encuentro de poetas, presentaciones con danzas folclóricas, talleres de música, museo con la historia de Quinchía, y para mí representa un encuentro con el amor.

Nunca olvidaré sus palabras aquel día frente a la iglesia. “¿Vos en serio te vas a casar? Prométeme que vos no te vas a casar”. Fue una tarde del 78 que decidí ponerle alas al éxtasis de mi juventud y salir corriendo a hacer teatro junto a él. Caleño únicamente por el acento porque salió huyendo de los conservadores de Irrá. Hizo parte de la obra teatral “Guadalupe años sin cuenta”, amigo íntimo de Enrique Buenaventura, perteneció al Teatro Experimental de Cali y, además, abogado, un intelectual tremendo. De él me enamoré perdidamente y aún en mis días de soledad leo aquella carta ambiciosa que me hizo sobre la imperiosa necesidad de las representaciones teatrales en Quinchía: “Querida Olga: una carta de amor por la cultura”.



Imagen 8. Actuando en memoria de Hernando. Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

VII. Los Trejos Ladino: memorias que perduran sobre las hazañas del capitán “Venganza”

Mi nombre es Emérida Trejos y nací en la vereda La Ciénaga. Somos de descendencia indígena. Mi padre era Jesús María Trejos, mientras que mi madre se llamaba Ana Rosa Ladino, dos apellidos que con el tiempo serán históricos para los quinchieños debido a la trayectoria de mi hermano. En 1981 fallece mi viejo, a sus 78 años. Sin estudios y solo con el aprendizaje de los quehaceres de la casa, tocó guerrearla para salir adelante después de la muerte de nuestro sostén económico. Poleal, el nombre de nuestra finca, no la íbamos a dejar reventar.

Medardo era pura rebeldía

“Poleal” le pusimos por tradición. Muchos años atrás cuando repartieron las tierras entre los cabildantes, nos entregaron el pedazo de tierra y mi padre sin pensarlo dos veces resolvió en llamarla “Poleal”, debido a la abundancia de “poleo” en esa zona. Allí nació Medardo y estuvo hasta los 7 años, cuando se fue a trabajar con unos patrones de quién sabe dónde. Vivíamos también con mi abuela de estirpe quinchieña y, en cambio, su hijo parecía ser más antioqueño.

Setenta y ocho años tendría Medardo si estuviera vivo. Su corta vida, de tan solo 22 años, fue por su espíritu de pura sangre, rebeldía y su ideal desde pequeño de ser alguien en la vida. “¡Por fin volvió a la casa mijo, lo veo más flaco, más chupado! Venga le doy de comer”, no podía controlar su felicidad la abuela Celia tras el retorno de él, tras 8 años sin verlo. En esa época aún los colores políticos no eran causa de división, conservadores y liberales podían encontrarse a la misma hora en la misa. Creo que ni Medardo sabía sobre eso. Quién iba a pensar que luego sería el caudillo más recordado de Quinchía.

Sin educación sobrevivió haciendo cualquier labor agrícola en la finca a donde llegaba. Ideales progresistas invadían la retórica de sus comentarios, disfrazados por instantes cuando jugaba fútbol con nosotros en la finca. Junto con

mis hermanos sabíamos que debíamos aprovechar el tiempo a su lado, ya que la suerte estaba echada y luego no sabríamos cuándo lo volveríamos a ver. Andariego él, cosechó sus saberes transitando en las trochas, escuchando las personas y tomó la decisión inesperada, defenderlas a través de las armas. No recuerdo muy bien si lo volví a ver de frente, pero sigo conservando las fotografías suyas que salían en los periódicos posando con su característica ruana, su sombrero paisa y el anillo de balas protegiéndolo.

Era de esa gente que no decía que no

¿Qué por qué tomó las armas Medardo? Los de Anserma iban a quemar el pueblo. De Talabán vino el lunes desgraciado. Un señor que mientras corría y sudaba, gritaba la premonición del fuego que se cernía sobre las casas de Quinchía; algunos abandonaron el azadón para acompañarlo, otros creyeron que era una manifestación de la locura y un grupo pequeño decidió enfrentarlos. El testimonio anunciaba a *los pájaros* quemando varias casas en su volátil recorrido.

Medardo formó una cuadrilla desarmada, pero era de esa gente que no decía que no, sino que se fueron a pelear contra los godos a punta de peinillas, palos y machetes. Esa pelea duró ocho días sin descanso. Recuerdo a mi madre y a mi hermana haciéndoles de comer. Sé que juntaron suficiente gente y rebuscaron muchas armas. Algunos soldados inexpertos preguntaban escondidos en alguna casa, “¿A quién debemos matar?” – “No lo sé, usted trate de recuperar un arma del que mutile”. – “¿Pero por qué haría eso? Tengo hambre y este calor me está matando”. – “¿Qué es lo que estamos defendiendo?” – “Tampoco lo sé, fueron las órdenes de arriba. Nosotros solo cumplimos con la función de defender el pueblo de la peste conservadora”. El Capitán “Venganza”, en honor a su nombre, reprimió la amenazante avanzada azul que se dirigía a su territorio, salvando de este modo al pueblo de las antorchas.

En esa batalla hubo 500 hombres y quién sabe cuántas balas o bajas. De niña fui muy curiosa y chismoseaba las reuniones nocturnas en mi casa que tenían como finalidad planear los golpes de la semana: “¿Los Chiquito sí se van a unir?”, “Ya tenemos tantos hombres listos en el frente”, “Hay otros cuantos que hay que entrenarlos”, “El siguiente sábado atacamos a ese carnicero, bien sapo si es”. En varias ocasiones reconocía las voces de mis vecinos, quienes no eran ajenos a la causa.

Medardo consiguió una carabina de 16 tiros y el resto eran escopéticas de fisto, como las llamaban por esa época. Por supuesto, el arma de quien comandaba era la mejor. La gente ayudaba con la *remesa* y las mujeres hacían de comer en *cambuches*. Ese fue el inicio del mítico capitán “Venganza”: la pelea que le ganó sin armas de fuego a los de Anserma.

Un caballo blanco y su jinete *chulavita* fueron los que quedaron para terminar el combate, los demás estaban muertos, malheridos o huyeron. Al llegar a su casa, el conservador colocó una bandera blanca en el potrero como señal de rendición, otras familias que respaldaban los ideales conservadores siguieron la misma táctica para no verse afectados por el combate entre los colores políticos. Entre tanto, se acercaba mi hermano José que no cabía de la dicha, aunque había perdido los zapatos en el combate y por eso venía con los pies chuzados. Su dolor era soportable frente a la felicidad de haber derrotado al enemigo.

Esta batalla no tiene un libro porque los que ganaron eran minoría. No hubo bombos ni platillos cuando se venció en la guerra, solo quedó en la memoria latente de quienes la vivimos. Los periodistas también guardaron silencio, pero el día que mataron a Medardo sí aparecieron. Porque los conservadores eran del otro lado, del lado del dinero, del poder y del gobierno. Nosotros, aún dominando quiméricas batallas, permanecemos al margen de la noticia. ¿Será la pobreza a la que nos acostumbraron?

Medardo tenía sus propias leyes: la juventud fue lo que lo mató

De niños nos llevaban a pasear donde una tía que tenía una finca muy grande en El Guayabo, yendo para Santa Elena. Esa vez fuimos un domingo a las tres de la tarde. De joven recordaba que la finca tenía una tienda, había gente ahí apostando, jugando rana y tomando cerveza. El espacio lo compartían liberales y conservadores, pues la gente en ese entonces no peleaba por los partidos.

Armado llegó un señor que le decían “Pedro Brincos”, su cuadrilla lo venía escoltando desde las montañas del Tolima, en búsqueda de justicia. Portaba dos pistolas y su altura, ojos azules y tez blanca, lo hacían parecer de raza

pura. Iban a matar a mi padre, hasta que supo que también era el padre de un caudillo *patiamarillo*. Su propuesta no tardó en llegar “vengo a formar guerrilla en Quinchía”. Mi papá le aconsejó a Medardo que no se fuera a arriesgar su vida. El consejo ignorado solo sirvió de catapulta para que él alistara las cosas y se enfilara en el monte.

Medardo tenía sus propias leyes. Incluso se dice que llegó a ser alcalde en Quinchía por unas horas. Tuvo dos años en que manejó a todo el pueblo. La gente lo quería y su fama le vino de la batalla de Talabán, porque fue el hombre que batió a los que venían quemando el pueblito. La gente le agradecía por defenderlos, le ayudaba con plata y lo atendían muy bien. Medardo nunca cobró, a menos que fuera en defensa de los liberales de Quinchía. A él lo que le gustaba era la igualdad, por eso siempre tuvo sus propias leyes.

Hubo intentos de pacificación con las conversaciones de Venganza, con el general Álvaro Valencia Tovar, pero nunca llegaron a un acuerdo pues no hablaban el mismo lenguaje político. Así ha sido la historia del país: los de la izquierda y los de la derecha no se han podido sentar a dialogar sin bajar las armas. Paradójicamente, el padre Aventino Torti y el padre Celestino fueron cercanos de Medardo. Llegaron desde Burgos España, con la intención de contribuir a la pacificación de Quinchía por medio de la educación y el deporte. Estos misioneros nunca revelaron su ubicación, la conformación de su familia, siendo fieles a su misión pastoral. Existe una leyenda en la que se narra que Medardo fue enviado a España a estudiar leyes y que fue sanado de una anemia que lo aquejaba.

A él lo que lo mató fue la juventud, debido a su *testarudez*. Dos años de persecución duró el reinado de Medardo. Y muchos de sus “fieles” amigos lo traicionaron, le pusieron trampas y le hicieron atentados; es que cuando se sintieron acorralados abandonaron el barco y bajaron la bandera de los ideales liberales, lo único que quedaba era ‘sálvese quien pueda’. Lo mataron por la vereda de El Higo en el año 61. Su familia y la Casa de la Cultura lo recordamos como un héroe con ruana y machete, porque él nunca le tuvo miedo a la muerte.



Imagen 9. "La Tumba de Venganza". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

VIII . Las voces de la tierra: las gentes de Escopetera y Pirza

Aquel domingo caminaba al trueque dominical que habíamos organizado. Sentí el ambiente caldeado: las arengas, protestas y gritos en contra de los supuestos auxiliadores de la guerrilla se sentían con furia en la plaza. Aunque el entorno también era festivo en Bonafont: danza, música y folklore desfilaban por las calles de la mano de las faldas coloridas pertenecientes a las niñas y los inexpresivos sombreros paisas de sus compañeros. Fue aún más extraño cuando llegué a la carpa instalada con nuestros alimentos listos para intercambiar y encontrarme con viajeros extranjeros interesados en comprarlos e indagar más sobre nuestra historia, los Embera.

No tengo certeza sobre mi edad, 20, 30, 40, hasta 200 años he vivido. Me he metamorfoseado en serpientes, ranas, tigrillos, guepardos, según lo que perciba en la realidad. Desde chiquito tuve el don de predecir el futuro amenazante, luego de que mi abuela me pusiera a observar por horas la luna junto a mis hermanos, fui el único que me quedé sin salir llorando; y ahora, protejo a mi comunidad ante cualquier coacción. Represento parte de una larga historia de una tradición viva. Soy médico tradicional, jaibaná, guerrero, individuo de la cordillera, soy Embera. Este es nuestro resguardo, nuestro territorio, y no nos vamos a mover de aquí sino que lo defenderemos de la misma forma como los antepasados lo hicieron en la Colonia.

Mi padre se fue a la “paila mocha” por ser pobre

El cura no alcanzó a hacerle los Santos Óleos a mi padre porque vivíamos muy lejos. Yo tenía tan solo 16 meses cuando él partió. Lo que sé de ese día es debido a lo que me contaron cuando crecí. Sin exequias y bajo el discurso de una misa dominical, el buen nombre de mi padre pasó a ser parte del infierno. ¿Su pecado? No haberle pedido unos minuticos más a la muerte para que alcanzara a llegar el sacerdote

Éramos una familia muy pobre, con su partida mi madre quedó con el inmenso peso de sostener sola a 9 hijos. Por suerte contamos con el apoyo del vecino, con quien intercambiábamos maíz por tomate o fríjol, a veces nos

regalaba algo de comer y después uno le devolvía el favor. Esa es la base de la economía indígena: confianza y solidaridad. Crecí junto con la pena y la duda de saber por qué el alma de mi viejo quedaría en ese lugar. Hombre tan bueno era él, dedicado a las labores agrícolas, a responder por el hogar y a cumplir sus funciones al interior de la comunidad. Muchos años después tuve la certeza de la duda que siembra la religión.

“Quien muere sin recibir los sacramentos se va para allá”, fue la insípida respuesta del eclesiástico. “¿Y los que viven en las montañas, o mueren por accidente, o los que los muerde una serpiente? ¿Qué pasa con aquellos donde los curas no alcanzan a llegar?”, le respondí con la incertidumbre guardada de años atrás. “Esos tuvieron algún segundo para arrepentirse de sus pecados”. Se sacudía la verdad impuesta desde los tiempos de la evangelización, pues podrán ser muy curas y todo, pero su versión parecía atarse históricamente a la colonización y a las afectaciones que esto trajo a los pueblos indígenas. Ahora que han pasado más de 200 años, ¿habrá cambiado sustancialmente nuestra realidad?

En nuestra comunidad, la religión tradicional pervive, aunque muchos sean católicos, cristianos o evangélicos. Incluso es paradójico que se siga estigmatizando a tal punto que se tilde al médico tradicional como brujo o hechicero. El hombre occidental ve al jaibaná como alguien que trabaja con los espíritus malos, embruja o desembruja. En realidad, él es el centro de nuestra organización social, pues tiene contacto directo con los guardianes del resguardo, a lo largo de su vida ha cultivado su conocimiento sobre la madre tierra y el valor ancestral, es decir que representa la historia oral del pueblo. Se encarga de ciertos rituales de armonización, purificación; además de tratar las enfermedades más graves que presentan los indígenas. El médico tradicional o jaibaná es la columna de nuestra tradición.

La encíclica que calló en mis manos y mi encuentro con la Teología de la Liberación

En 1983 llegó a mis manos una encíclica de Juan Pablo II² dedicada al derecho a trabajar en la tierra. Allí se decía que debíamos apartarnos de los partidos

2 Se refiere a “Laborem Exercens” de 1981, donde entre otros temas se hace un llamado al reconocimiento del trabajo agrícola y a la escasa estima que le brindan socialmente, hasta el punto de crear entre la gente del campo el sentimiento de ser socialmente unos marginados, de acelerar en ellos el fenómeno de la fuga masiva del campo a la ciudad y hacia condicio-

políticos tradicionales y manejar las cosas a través de otras maneras de organización. El que me envió esa encíclica fue muy amigo mío, me escribía desde Italia y era de Medellín, se llamaba Álvaro Betancur. Fue Álvaro quien me relacionó a nivel nacional con mucha gente próxima al pensamiento social de la Iglesia. En ese tiempo existían los telegramas y llegaban de Cali invitándome a reuniones. Yo iba, así no supiera, solo para escuchar. Recuerdo a Pablo Richard³ de Chile, un teólogo y también al padre Ulcué, un indígena caucano, único sacerdote indígena por ese entonces. A él lo mataron y la Iglesia se quedó calladita, como lo ha hecho muchas veces, como lo muestra el libro *El expediente Negro* de José Vicente Rangel que alguna vez leí.

En un encuentro que hubo en Medellín sobre Teología había gente de todos lados, sin pena expuse mi punto de vista en una ponencia a la que me invitaron. La gente me aplaudió, me dijeron que tomara la coordinación del Consejo Regional Indígena de Caldas. Como tenía familia y no disponía de tiempo, ni dinero para viajar, dije que no podía. En ese tiempo la coordinadora era una señora Elvia Vallejo. Recuerdo que me dijo: que sea “el mono” el coordinador. ¡y yo más achantado! A ese encuentro habíamos ido cinco de esta zona. La coordinadora general lo que nos dijo fue ¡que se reúnan los cinco de Caldas y que entre ellos elijan! Y todos dijeron en coro: ¡Hugo, sea usted! y yo les dije: muchachos yo sí quisiera pero los medios económicos son muy difíciles, soy muy pobre para moverme. Ellos insistían, hágale que nosotros le ayudamos. En la plenaria, la coordinadora anunció: ¡quien haya quedado no se preocupe por los recursos, que ya habrá para su desplazamiento!

Ojalá en las escuelas se enseñara algo sobre Pedro Pascasio

Andariego siempre he sido, me gusta recorrer las montañas colombianas y hablar con la gente en cualquier rincón, de esta forma voy aprendiendo y compartiendo saberes. No soy una persona muy letrada ni muy intelectual, pero las personas reconocen las capacidades de liderazgo que me permiten ocupar ciertos escenarios. Cali fue uno de ellos. Cuando es-

nes de vida deshumanizantes. http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_14091981_laborem-exercens.html

3 Pablo Richard (1939) es un teólogo y sociólogo de la liberación chileno.

tuve por allá aprendí de magia; ahí sí la gente pensó que estaba haciendo pactos con el Diablo.

Trabajé como jardinero en un colegio de *ricachones*. Me gustaba tener el jardín cultivado, gardenias, rosas, heliconias, margaritas, orquídeas, jazmines, todas componían una sinfonía de colores para quien observara el campo. “¿Usted me puede vender una?”, me preguntó el mago que pasaba por ahí. “No se la vendo, se la regalo y a cambio usted me enseña cómo hacer sus magias”, respondí intrigado. Y así fue, aún recuerdo alguno de sus trucos que aprendí gracias a la economía solidaria de los indígenas. Si quiere venga y le muestro el de la moneda...

Después de mi paso por los lugares a donde me invitaran, Huila, Tolima, Medellín y Huila, llegué al Cauca. Hablando con un abogado recordé la importancia de no ser un traidor. Ojalá en las escuelas se enseñara sobre Pedro Pascasio, un niño de 12 que con su amigo el Negrito José, capturaron a un oficial español por allá en 1819... no me acuerdo muy bien de la fecha. El caso es que, al sentirse entre la espada y la pared el español no dudó en ofrecerles una bolsa llena de oro, a lo que Pascasio respondió “ni todo el dinero del mundo podrá comprar la libertad de una nación”, luego, sin pensarlo dos veces lo llevaron como prisionero ante el Libertador. Ese debería ser el ejemplo a seguir para muchas generaciones de políticos en este país ¿no?

Un ejemplo para cambiar la manera cómo han gobernado y tratado de acabar con nosotros. Recordemos lo que decía la Ley 89 de 1890, con la que fue regida nuestra vida por 100 años: “Por la cual se determina la manera cómo deben ser gobernados los salvajes que vayan reduciéndose a la vida civilizada”, letras sinsentido que no reconocían la identidad indígena. Y es que la cuestión, más allá de la xenofobia, fue siempre los abusos del poder, el interés por sacarnos de los territorios ancestrales para extraer sus recursos naturales, los herméticos espacios políticos que encontramos, el supuesto retraso con el que nos estudian, nos miran, nos señalan, la paulatina pérdida de nuestra lengua y el desplazamiento forzado a raíz del conflicto armado. En palabras simples: el proceso de dominación de nuestros pueblos indígenas.

Matar a un indígena era acabar con lo salvaje, con el retraso, la barbarie y bajo ese ideal muchos compañeros murieron desde los años 70. Por eso Quintín Lame estudió las leyes blancas, para defendernos. ¿Y cuál ha sido la estrategia de nosotros? Organizarnos. Así como somos una minoría en el país, el hombre

occidental lo es en nuestro Resguardo. Paso a paso hemos ganado espacios de representatividad local, tanto así que el municipio tiene como legado el rastro de varios alcaldes y gobernadores Embera. Aunque disponíamos de pocos recursos, los bazares, las colectas, los trueques y sorpresivamente, los alemanes nos ayudaron a construir la casa, que ahora es la sede política.



Imagen 10. "La voz de la tierra 1". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

La historia de la Casa Escopetera y Pirza: producir desde nuestro saber

Buscando información sobre nuestra comunidad en el Archivo Nacional, el Ministerio del Interior nos mandó un antropólogo. Por fin íbamos a obtener el reconocimiento como Resguardo y algo de recursos. Fuimos a visitar a la familia más lejana y lo único que les recomendé fue hablar Umbra. “¿Qué es lo que me están diciendo?”, me preguntó el antropólogo con extrañeza. “Quieren saber quiénes son ustedes” y “Si les dimos el permiso para entrar al territorio”. Luego el Ministerio nos anunció “Esto se convertirá en resguardo,

ya no tendrá más la figura de parcialidad”. Ahora la misión era buscar los cimientos para construir la sede principal, es decir el dinero.

De Alemania vinieron a hablar con indígenas en Caldas, por fortuna estábamos presentes cuando se llevó a cabo la reunión con el gobernador de ese entonces. Caminamos más de 4 horas y guardamos el tiquete de vuelta para retornar a Bonafont. “El Tierrero”, restaurante reconocido de la región, fue la sede de una confusión y la obtención de recursos. Todos creían que era el gobernador cuando tomé la palabra. Como era *lanzadito* le pedí al doctor unos recursos. El gerente de la cooperativa, me imagino que con el dinero extranjero, nos empezó a girar 500 cada mes. ¡Buena plata para esa época! La tarea después era más difícil: convencer a la señora que nos vendiera su casa para tener una sede. Si se lograba esto, nos habríamos hecho con el “nido de la pava”.

Con ese platal empezamos a repartir efectivo a quienes lo necesitaran, asistencia médica, alimentación, transporte, las bases de un negocio, fueron algunas de las demandas. Luego decidimos comprar la mejor casa de esa época. Poblada desde finales de los 80, Escopetera y Pirza, la componían 6 *tambos*. Luego, con la mano de obra de los colonos y comuneros se empezaron a abrir las vías pavimentadas hacia la gran capital, Riosucio. A mediados de los 90 aumentó la población, así como la construcción de viviendas. Esa casa en particular era sublime, no tanto como la dueña.

“¿Qué quiere?” fue su saludo al abrir la puerta. “¿Está en venta la casa?”. Me miró de arriba abajo despectivamente y pronunció “Cuando quiera se la vendo”. Fui a avisarle al gobernador. “¡11 millones! Debe estar loca esa mujer, aun así haremos el esfuerzo por conseguirla”. En la actualidad seguimos haciendo las asambleas, reuniones, trueques, almuerzos comunitarios y algunos rituales aquí, pese a que a veces se tambalean los cimientos por los adversos tiempos de la violencia.



Imagen 11. "La voz de la tierra 2". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

Entre la guerra y la paz fuimos construyendo comunidad

Nuestro pueblo ha sufrido amenazas, desplazamiento, desaparición y muerte. La fiscalía, al narrarle los hechos de violencia ocurridos en la región solo tenía un interrogante, ¿cómo era posible continuar vivos? Y la pregunta para mí era diferente, ¿será que mañana me tocará? Veía la guerra tan naturalizada que ni siquiera pensaba en el peligro.

Recuerdo cuando un actor armado llegó a pedir documentos y a requisar todas las casas por los lados de Risaraldita, Aguabonita y Florencia. Eso creo que fue el inicio del conflicto por esta región. Eso tuvo luego un impacto tremendo para la comunidad de Bajo Pirza que tuvo que desplazarse. Se llevaron las cosas de valor, junto con los ahorritos. Incrédulo ante semejante situación fui a buscar al comandante del ejército. Creí que eran sus soldados, pues portaban identificaciones. Luego busqué a uno de los uniformados que

parecía al mando: “vea fulano se llevó esto, el otro tiene esto. Dígame cómo solucionarlo. Por favor, puede decirles a sus muchachos que devuelvan las cosas o hagan algo. Somos familias muy humildes”, le dije amablemente a Jabón, quien estaba al mando. Nos tiraron los objetos no sin antes decirnos “Ahí están sus cosas, muertos de hambre”.

Regresé feliz de ser tan berraco a contarle mi experiencia al mayor de la comunidad. Luego de pensarlo por unos instantes me dijo que el ejército no había sido, porque el comandante me hubiera dado una *maderiada* tremenda si iba con la intención de echarle la culpa a su tropa. Para él, sus hombres son como sus hijos. Estábamos en el año 2002 y en esa semana empezaron a aparecer los muertos en la carretera, no cabía la duda de que había llegado el paramilitarismo.

Las viviendas se transformaron en cuarteles de operaciones o refugios nocturnos. Me acuerdo de aquella noche donde el patio de la finca se nos llenó de hombres armados. Como una estrategia para ocultarnos apagamos las luces, de nada sirvió porque el camarada ya estaba pidiendo permiso para quedarse. Mi padre se lo negó. En ese instante pensé que nos iban a matar hasta los piojos. Ese señor no esperaba semejante respuesta desafiante, tan pronto terminó de dar patadas y lanzar palabrotas al aire, alegó diciendo que eran el ejército del pueblo y estaba seguro de que si otro llegaba no había ningún problema en que se quedara. La sabia respuesta de mi *taita* lo dejó desarmado: “Usted lo ha dicho señor, por acá han pasado muchos y se han venido quedando, hasta una semana han permanecido. Pero a ninguno les he dado permiso”. Así fue como los derrotó mi padre: no con balas sino con argumentos. Recogieron sus rifles los muchachos y continuaron su camino por la trocha.

El pasado, con sus hechos de dolor, se lo dejamos a los que quieren la guerra, nuestro pueblo siempre ha creído firmemente es en la paz. Esto significa estar en armonía con la tierra. Descendientes de una raza originaria, legalmente constituidos, somos colombianos con una interpretación del mundo distinta a la cultura occidental. Agua, fuego, aire y tierra son los cuatro pilares fundamentales para conservar la paz. Por eso es que hacemos limpiezas y protegemos las semillas, consumimos los productos autóctonos, realizamos mingas defendiendo los saberes ancestrales. Si no nos *paramos* bien duro, nadie vendrá a defendernos.

Afortunadamente somos una organización fortalecida y reconocida a través del tiempo. El conflicto armado nos sacudió, pero a la vez nos robusteció, si no hubiera sido así los muertos serían muchos más. Le hemos apostado al dialogo y a la igualdad de condiciones. No queremos que ningún joven perteneciente a la comunidad tenga que ir a ganar una guerra infructuosa, sino que esté en la escuela aprendiendo y que esto luego beneficie al Resguardo. Que haya un reconocimiento de la medicina tradicional, así como de nuestras creencias.



Imagen 12. "Construyendo comunidad". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

Jaibaná, parteras y curanderos: voces de espiritualidad

Hace 20 años las casas se construían con *tapia*, paja y barro. Tejíamos cada día según las emociones que quisiéramos representar. Y los tejidos tenían colores: verde, para simbolizar la madre naturaleza; azul, para simbolizar el espacio del cosmos infinito; morado, para la transmutación de lo terrenal

a lo espiritual; el amarillo, como conexión con el padre universal; el negro, estar en el vientre de la madre selva... el descanso eterno.

Al difunto lo enterrábamos con todos sus bienes, pues creíamos que los iba a necesitar. Imagínese el tamaño del hueco. Pequeño porque no poseíamos gran cantidad de cosas. Actualmente, si es que alcanza a llegar, el sacerdote hace la extremaunción. De este modo, la occidentalización va calando lentamente en las prácticas y rituales tradicionales. Aunque en las escuelas hemos iniciado un proceso muy lindo de enseñar la lengua.

¿Por qué apostarle a una batalla extraviada si el idioma de la nación es el español según la Constitución que es la Carta de navegación? La cuestión es simple: no puede desaparecer el sistema que inventaron los antepasados para interactuar entre nosotros y con la naturaleza. Con ello se va parte de nuestro legado representado en la narrativa oral, saberes transmitidos de generación en generación. No hay forma de llevar a cabo las armonizaciones, las purificaciones, las curaciones, si no se hace por medio de la lengua de nosotros, ya que debe pervivir la conexión con los dioses y aquello no se logra hablando español. Palabras más, palabras menos, habría una ruptura con nuestra cosmogonía y orden social.

La enfermedad se manifiesta en el plano corporal y espiritual. Por lo cual, siendo *Jaibaná* le salvé la vida a muchos compañeros. Me transformé en un elemento de la naturaleza advirtiéndole el peligro que se cernía sobre la vida del gobernador. Sucedió durante el ritual de purificación en medio de la montaña. Considerado como sitio sagrado, el hombre blanco no tiene acceso, pero ha llegado hasta allí buscando riqueza, destruyendo lo que encuentra a su paso, talando árboles, quemando y cazando. “Mañana no salga de su casa gobierno, quédese ahí porque le van a hacer un atentado yendo para Riosucio”, le dije luego de la revelación. La palidez de su rostro me afligió tanto que al otro día estuve todo el tiempo en su casa. Si las balas llegaban por lo menos éramos dos ¿resistiendo? o ¿convirtiéndonos en mártires?

Considerado como una práctica peligrosa por la medicina occidental, las médicas tradicionales también han atendido muchos partos. Aún hay personas que las buscan para realizarlos debido a que los puestos de salud se encuentran caminando a horas de distancia. Incluso una de las médicas llegó a recomendarle a una vecina el nombre de su hijo: “¿Yuri Gagarín? Recuerdo que ese día le dijeron, con todo respeto mayora, pero creo que el nombre es muy feo”. La

mayora respondió “Póngaselo, yo sé por qué se lo digo”. Después de 16 años, al parecer este chico engendró una pasión por los aviones, astronautas, pájaros, naves, alas, la ligereza del espíritu al volar. Muy *charro* ¿no?

Podría hablar durante semanas de la matriz cultural Embera, por fuera se quedan las danzas, los vestidos, el significado de ser mujer, la lengua, los petroglifos, la historia de todo un pueblo. Venga más bien le hago una evocación dominical.

De regreso a la extrañeza de aquel domingo

“¡No queremos más guerrilleros en el territorio!” leí en la pancarta, mientras los ojos de furia de aquellos manifestantes me hacían sentir la incomodidad de estar en un lugar en el cual no era bienvenido. Sí, las protestas iban en contra de nosotros. Señalados de ayudar a quienes habían desplazado a varias familias en el Resguardo yo no entendía el sinsentido, como lo fue con dicha ley 89, de las brutales arengas. ¿Pena? Tal sentimiento sale a la luz cuando se acepta lo que otros vienen a imponer. Cansado de sentirme al margen de la historia, hoy persisto en mi lucha por la defensa de la tierra.

IX. Don Alfredo Cardona, el cronista de Quinchía

En vida he visto cómo sucesivas generaciones de coterráneos han reconocido su pasado individual con mis libros. Aunque soy ingeniero mecánico, realmente soy cronista de vocación. No me baso en los cánones de la disciplina histórica, pero hace mucho reúno libretas de apuntes con anécdotas, fotos y documentos de archivo sobre la existencia de Quinchía desde la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Mi mayor privilegio es haber elaborado y escrito una larga crónica sobre Quinchía.

La rebeldía de un pueblo

Siempre me ha interesado saber cómo esta tierra sufrió el asalto de múltiples violencias. ¿Vinieron estas violencias de fuera de la comunidad? ¿Están en la base de su propia cultura? ¿Es una mezcla de elementos externos y endógenos?

Quinchía ha sido rebelde por sus indígenas y por su liberalismo. Desde las guerras civiles del siglo XIX sus pobladores han repelido los ataques de los antioqueños conservadores. De hecho, en 1860 el capitán Guillermo Vinasco, lugarteniente de Tomas Cipriano de Mosquera, contribuyó a la formación de grupos alzados en armas generándose de esta manera guerrillas liberales en la zona. Algo similar ocurrió en 1876 cuando una columna conservadora salió de Manizales dispuesta a atacar la retaguardia liberal que iba hacia Manizales proveniente del departamento del Cauca.

El cerro Batero, uno de los atractivos del municipio, presenció el combate más emblemático entre antioqueños y caucanos. Allí Quinchía tuvo su participación a través de figuras como Zoilo Bermúdez y sus macheteros. Luego vino la guerra de los Mil Días donde hicieron presencia las guerrillas liberales de Bonafont.

Sin embargo, cuando en 1946 llegó al poder Mariano Ospina Pérez, los conservadores vieron la oportunidad de pasarle la cuenta de cobro a los liberales en municipios como Belén de Umbría. El desquite tuvo su inicio a la altura

de Anserma. Allí conservadores de Belén de Umbría y de Apia atacaron a los liberales de Anserma. Solo que esa violencia no llegaba aún a Quinchía, se limitó a Belén, Apia y Mistrató entre los años 1930 y 1946. Fue una violencia localizada, de uno o dos muertos cada mes.

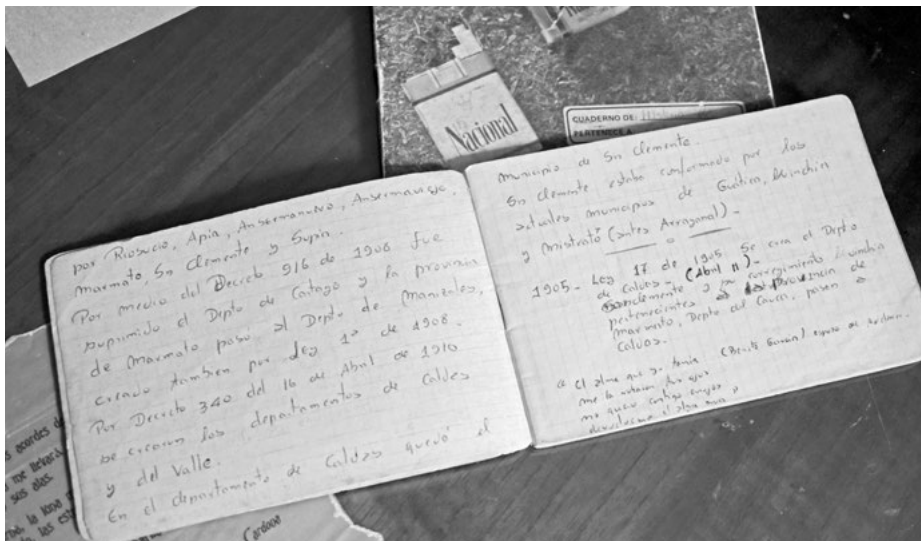
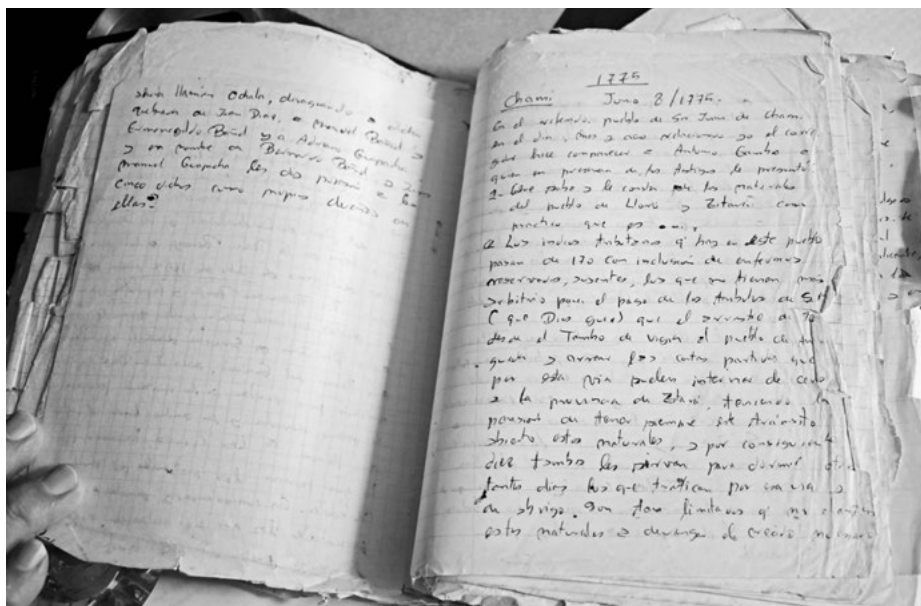


Imagen 13. "El cuaderno del historiador local". Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

Un 28 de marzo de 1948, la violencia bipartidista nos entró

Cuando llegaron al poder los conservadores, la violencia comenzó a acercarse a la localidad. Esa violencia nos entró finalmente un domingo 28 de marzo de 1948. Yo tenía diez años por aquel entonces. Esa fecha se clavó en mi memoria. No sé hasta qué punto ese es uno de los recuerdos que me convirtieron en escritor. La prensa especuló acerca de cientos de muertos, pero no eran más de diez. Mi familia era pudiente, manejaban la economía del municipio y ahí empezó el problema. Pasamos de ser los “riquitos de pueblo” a vivir en un *cuchitril*. Salir de tener caballos y vacas, a turnarnos los zapatos, eso fue muy duro.

Los políticos caldenses hacían reuniones a puerta cerrada con algunos conservadores, entre ellos Ramón Gómez. Los liberales se dieron cuenta de que estaban echando pestes contra estos y atacaron las casas donde estaban reunidos. Los caudillos huyeron y el problema quedó anidando. Esto fue una de las razones de la división de familias liberales y conservadoras.

Ante las tensiones que se vivían en el municipio, el alcalde pidió ayuda a la policía de Anserma y de Riosucio. El párroco del pueblo salió a caballo hasta la entrada de La Ceiba con la disposición de impedir que estos ingresaran. Pero ya la suerte estaba echada, la policía conservadora ni lo escuchó y entró al municipio. La gente de Quinchía los recibió con dinamita y piedras. Aunque la fuerza pública mató a dos o tres personas, la resistencia fue tan tenaz que se vieron obligados a devolverse a Anserma y Riosucio.

A media noche fue la segunda arremetida contra el casco urbano, cuando la policía llegó hasta la casa consistorial. En la memoria de campesinos reposa la imagen de personas venidas de Guática que, escondidas en las calles principales, mataron a otras personas. Ante lo terrible de esas acciones homicidas, del municipio fueron enviados varios ciudadanos para que pidieran ayuda en Riosucio. Allí desestimaron sus denuncias y les adujeron que todo ya estaba bajo control. Los ciudadanos, desesperados, se fueron entonces rumbo a Manizales para solicitar apoyo a las tropas del Batallón Ayacucho. En el ejército había liberales que apoyaban a la población. El Batallón envió un piquete de soldados. En ese momento había un divorcio entre la policía y el ejército. Tres meses duró la presencia de los soldados en el municipio. Recuerdo que en el “cerro punta e lanza” quemaron tres tacos de dinamita

y se inició el efecto dominó, al otro día fue el otro, luego de una semana el otro y así.

El entierro de los campesinos masacrados el 28 fue apoteósico. Empezó en la plaza del municipio e iba hasta el cementerio. Eran siete cuadras de personas acompañando a las víctimas. Un día después, *El Diario* de Pereira hablaba de cinco muertos y cien heridos, titulaba en su primera página: “Los conservadores de Riosucio y de Anserma atacaron a tiros a los liberales”. A mí me tocó ver los heridos, fueron unos pocos; sin embargo, de ahí en adelante se le dio rienda suelta al conflicto.

Si mal no recuerdo, no hubo más acciones violentas sino hasta finales de noviembre del 49 cuando entró *la Chusma* quebrando tejas y rompiendo portones. Y eso se repitió cada fin de semana. La policía atacó abiertamente a quienes estuvieran en la calle. Como al mes de tener esa situación quemaron la casa del frente y atacaron la casa nuestra. Mi papá se quedó con mi abuelo y me dijo: váyanse donde el vecino. Nos fuimos con mi mamá y mis hermanitas allá donde el conservador Arredondo. En la madrugada el bus escalera de mi padre nos recogió con rumbo hacia Medellín. Recuerdo que frente a ese episodio escribí un artículo: “El día que cantó el turpial”⁴.

El éxodo de familias empezó por La Ceiba y por Irra. Por La Ceiba en carro y por Irra en tren. Los que se iban por La Ceiba se refugiaron en Manizales, Pereira y Armenia. Los de Irra lo hicieron en Medellín. Salió la gente que tenía alguna propiedad, recursos para salir: los Tobón, los Mejía, los Arango y en el pueblo fue quedando un vacío de la clase dirigente, los que quedaron sin medios para huir se constituyeron como una nueva clase social: los resistentes, ¿o los pobres?, ¿los que deben ir a la guerra, esquivar balas y acostumbrarse a su dura realidad?

Desde el Líbano, Tolima, llegó a estas tierras la resistencia liberal

Por el año 48 vino la disputa por la tierra. A Otto Morales le interesaban las tierras comunales de Irra y del Río Opiramá. Los empresarios de Riosucio

4 Se puede consultar en: <http://historiayregion.blogspot.com/search?q=el+d%C3%ADa+que+cant%C3%B3+el+turpial>

tenían interés allí, así como Horacio Tobón que con dinero en efectivo fue comprando de a poco. El decreto de disolución del resguardo indígena también coincidió con el éxodo de las familias liberales, entre ellas mi familia y la llegada a la región de capitales e interesados en acaparar gran parte del suelo productivo.

Sin embargo, los campesinos empezaron a armarse en las veredas. Quinchía y Marmato eran los últimos dos pueblos con población liberal. El campesinado estaba intacto y la gente se organizó en grupos de resistencia dirigidos por un antiguo soldado, alias “Fósforo”. Ahí fue cuando “Fósforo” y “Pedro Brincos” empezaron a organizar las defensas campesinas liberales.

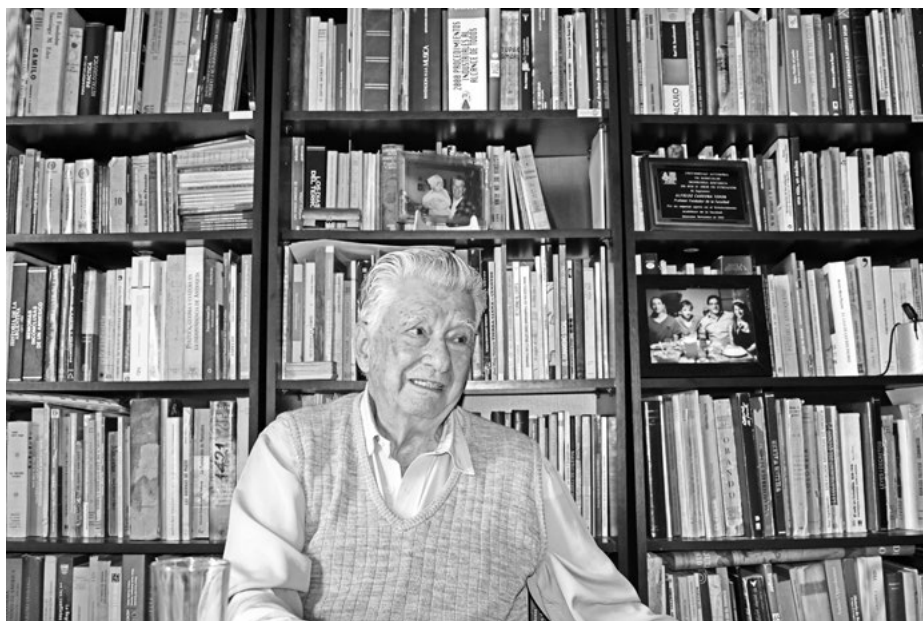


Imagen 14. “Don Alfredo, el cronista de Quinchía”. Fotografía, Isabel Castillo Q. (2018).

Esta historia me llega por mi papá que trabajaba por los lados de Irra, territorio en manos de los liberales. Su oficio era manejar “*la chiva*” entre Medellín y Bonafont.

Resulta que Pedro Brincos era un caudillo comunista del Líbano, Tolima. Llegó a Quinchía porque vio la oportunidad de organizar células guerrilleras. Tenía un nombre falso, pues se hizo pasar por un hacendado que quería

colaborar en la pacificación de la zona. Se encontró con el alcalde, “Cachaco”, y con éste organizaron la primera reunión en la vereda La Cumbre, allí instauraron cuotas y entrenamiento militar. El miedo de las familias que se quedaron se tradujo en convertirse durante un tiempo en liberales, no tenían otra opción para sobrevivir.

En búsqueda de la paz con Medardo huyendo

Para la época del 58 el alcalde era Gildardo Henao Gutiérrez. En el 58, mes de junio, se encuentran con “Venganza” en Naranjal. El hombre estaba rodeado, lo que se traducía en el incumplimiento del pacto firmado años atrás con Otto Morales y de la amnistía ofertada por el Frente Nacional. Poco tiempo después Venganza también lo quebrantó al asesinar al Sargento García generando, de esta manera, el urgente desplazamiento de Pedro Brincos al Urabá antioqueño. En el amor y en la guerra todo vale, con tal de sobrevivir un poco más, ¿no?

Medardo Trejos, nombre poco conocido entre los quinchieños y sus alrededores, porque su alias ya tenía más peso e historia, siguió los lineamientos de Brincos al establecer tributos de un peso por cada persona. Se cuenta que los hombres de Venganza se mimetizaban entre los campesinos para saber quién no estaba pagando. Pese a reunirse con los doctores Llanos y Correa Uribe –jefes liberales de Caldas– en la finca “El Poleal” para firmar un tratado de paz, el guerrillero siguió cobrando impuestos y ejerciendo justicia por propia mano. Nuevamente el ejército retomó la decisión de someterlo. A finales del 59, Venganza estaba cercado y envió desde la clandestinidad un documento con los siguientes puntos:

“-No me presento personalmente porque en buena hora firmé un compromiso de paz el que he cumplido y cumpliré en la mejor forma que sea posible.

-Las acciones interesadas de los ciudadanos en tergiversar mis buenos deseos de pacificación y convivencia me obligan a poner muy en claro y para conocimiento de ustedes, que he tratado por todos los medios de evitar ciertos desordenes que hoy no estoy dispuesto a patrocinar ni a tolerar.

-Soy sabedor que en repetidas ocasiones se cometen actos como robos y otros similares en regiones donde no precisamente se escuchan mis llamados a la paz y la concordia.

-En ningún momento he violado el tratado de paz por lo tanto no hay razón para que se me formulen cargos de los que no soy responsable ya que de antemano

estaré dispuesto a colaborar con el actual gobierno dignamente representado por el doctor Alberto Lleras Camargo. Desde el mismo momento en que firmé el tratado de paz estoy dispuesto a ayudarle al gobierno en la tarea pacificadora, único anhelo de nuestra región.

-Ruego a la honorable comisión de paz intervenir inmediatamente para que los señores corresponsales de los municipios limítrofes cesen su tarea nefanda y tendenciosa de deformaciones en contra de nuestro pueblo por el solo delito de no ser adictos a su misma ideología política.

-Que el señor Director del periódico *La Patria*, se abstenga de publicar informaciones que no sean enviadas por corresponsales de este municipio ignorando, además, porque se violan las leyes de prensa publicando informaciones que carecen de verdad y fundamento con el solo fin de desmoralizar a nuestro pueblo.

-Los ciudadanos de Quinchía son perseguidos y amenazados en los pueblos vecinos lo que trae por consiguiente la enemistad, creando un clima de continua zozobra entre nuestras gentes.

-Al respeto de las funciones pacificadoras en que ustedes se encuentran empeñados, podrían decir qué garantías ofrecen a nuestros copartidarios de los municipios de Mistrató, Anserma, Belén de umbría, Guática, Santuario, Apía, Balboa y Riosucio, porque es realmente alarmante el éxodo de familias que en número de 300 han entrado al municipio.

-Pueden ustedes levantar una estadística de las muertes violentas en este municipio durante los últimos diez meses, lo que les comprobará que la mayoría de los muertos han sido de personas liberales. En esta exposición que he querido darles para su digno conocimiento y oportuno consejo ratificando que mi más vivo deseo es la pacificación total de la región.

Cordialmente,

El Capitán Venganza, defensor del pueblo”.

....

La historia de violencia en Quinchía que he escrito tiene un origen: la injusticia hacia la gente que trabaja la tierra. Lo resumo acudiendo a la manera en que me lo expresó un trabajador del campo en alguna ocasión: “cómo no vamos a vivir molestos con este país si nosotros salimos de acá a las fincas de los ricos al otro lado del río Cauca a coger café y vemos que las marraneras de ellos son mejores que los *cuartuchos* que nos alojan. Acá no tenemos ni dónde hacer las necesidades y vemos a los patrones con piscinas, carros y nosotros produciéndoles a ellos como esclavos...”.

Glosario

Amor por el arte: Expresión utilizada para expresar la dedicación y vocación por un trabajo, así este sea mal remunerado.

Barequeros: Aquellos mineros de subsistencia que viven de extraer el mineral en las orillas de los ríos y en grandes vetas a cielo abierto cuando el patrón de la mina los deja entrar.

Barranco: Construcción de un hueco de gran profundidad usado con el fin de la recolección de agua o para sentar las bases de una finca o establos.

Berraca: Persona aguerrida o laboriosa que trabaja con esmero para lograr un objetivo.

Brazos cambiados: Dinámica comunitaria similar a los convites.

Bregar: Trabajar arduamente por conseguir un fin.

Bandolero: Persona que no se acogía a las políticas de pacificación o negociación entre dos bandos. Sigue ejerciendo actos delictivos y organizando pequeños ejércitos. Posteriormente, en los años 80 con el auge del narcotráfico en Colombia, la connotación “bandolero” engloba un estatus en el imaginario social asociado a las armas, drogas, tener varias mujeres, carros de alta gama y haciendas, es decir que significa opulencia.

Caché: Vestir con estilo y mantener un estatus.

Caminos de trochas: Vías terciarias que comunican distintas veredas. Generalmente están construidas por la mano de obra campesina dividiendo sus roles y oficios del trabajo.

Cambuches: Pequeñas tiendas de batalla o casas construidas improvisadamente con materiales como bolsas, ladrillos, madera.

Candeleo: Hostigamiento generado por actores armados contra la población civil.

Cajón: también conocido como ataúd.

Cañaduzales: Cultivo de caña destinado a la producción de azúcar.

Carga: corresponde a 125 kilogramos de café.

Chapeo: Hacer la labor de limpieza de las malezas o malas hierbas.

Charro: Expresión utilizada en Antioquia para significar una situación extraña o graciosa.

Chatarreros: Persona que tiene por oficio comerciar con chatarra.

Chiva: También llamado bus escalera. Es un vehículo de transporte antiguo que todavía transita por carreteras colombianas –con especial dedicación en las vías de municipios alejados de las capitales de departamento– llevando

personas entre las veredas y corregimientos que lo integran, o hacia el casco municipal. La potencia de su motor y la fortaleza de su carrocería le permite rodar por entre trochas, barro y piedras.

Chorriada: Persona con mal aspecto físico, vistiendo harapos y viviendo en la calle.

Chulavitas: Facción armada cercana al gobierno colombiano durante el período de la Violencia bipartidista. Tenía la función de ser policía secreta y agentes del terror al servicio del Partido Conservador.

Chusma: Campesinos con filiación liberal, y que luego al ser víctimas de la Violencia bipartidista deciden alzarse en armas como forma de autodefensa.

Cochada: Grupo de amigas cercanas.

Coger: Labor que se basa en la recolección de café.

Convidar: Invitar a un amigo o conocido a realizar acciones juntos.

Comunera: Es una persona física titular de derechos agrarios quien los posee en común con otros individuos o propietarios.

Cuadrilla: Grupo de personas armadas con escopetas, machetes y peinillas que se escondían entre las montañas en puntos estratégicos para dar con el enemigo.

Cuadra: Porción de tierra.

Cuartuchos: Expresión usada para describir las malas condiciones de los hogares de las familias campesinas colombianas. Ej: “Esa marranera es mejor que mi casa”.

Cuchitril: Similar a *cuartuchos*, pues describe el desorden, la precariedad, la falta de acceso a servicios públicos, los inestables materiales de construcción de una vivienda o un cuarto.

Dar gatillo: Dispararle a alguien.

Descope: Práctica usada en la Violencia bipartidista donde le quitaban la cabeza a una persona y luego la colocaban en un palo.

Desmane: Realizar labores agrícolas como sembrar.

Desyerbar: Arrancar las hierbas nocivas de un sembrado.

Echar raíces: Expresión usada por los campesinos para representar el arraigo al territorio que se habita desde hace mucho tiempo.

Encarretada: Involucrarse sentimentalmente con alguien; también puede tener una connotación negativa.

Energúmeno: Persona enfurecida, con rabia

Finao: Persona fallecida.

Gabelas: Beneficios económicos que brinda el Estado.

Gamonales: Personas que poseen grandes extensiones de tierra y ejerce excesiva presión sobre los asuntos políticos o administrativos de una región.

Gasear: Acción empleada por el Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad) al disparar gases lacrimógenos con el fin de dispersar a quienes protestan en vía pública.

Guámbito: Se refiere a un niño entre 5 y 10 años.

Guarapaso: Golpe estrepitoso producido por una caída a gran altura o por un choque.

Jaibaná: Médico tradicional.

Jornal: Salario que cobra un trabajador por un día de labor.

Laborear: Trabajar en distintas labores del campo.

Labrar: Realizar las labores agrícolas en una parcela.

Lanzadito: Se refiere a una persona con confianza para hablar en público o hacer amistades.

Maderiada: Golpiza tremenda proporcionada con objetos contundentes. Ej: “Me dio una maderiada tremenda con una regla”.

Mayor tajada: Expresión que significa ganar la mayor proporción de dinero.

Meter candela: Acción intencionada de encender una propiedad o cultivos.

Ni por el chiras: Expresión que significa “nunca haré eso así me paguen mucho dinero”.

Nido de la pava: Expresión local que hace una relación con encontrar un tesoro, un bien o un lugar propicio, el cual se desea mucho.

Oficiar: Dar alerta sobre una situación extraña o peligrosa a la comunidad.

Orqueta: Práctica usada en la Violencia bipartidista que consistía en poner trampas atrapapies en los caminos.

Paila mocha: El infierno.

Paramos: Se refiere a hacer resistencia frente a hechos de violencia o injusticia. Ej: Nos paramos fuertemente ante las políticas neoliberales.

Patiamarillo: Persona camaleónica, indecisa. En la época de la Violencia se utilizaba para hacer alusión de aquellos indecisos con los ideales liberales.

Payasear: Acción representada para generar risa entre las personas.

Peinillas: Cuchillo similar al machete, usado para las distintas labores agrícolas (partir leña, quitar rastrojo, coger frutos, partir un palo). También puede usarse como arma, para ataque o defensa, ante un hecho de violencia; de hecho, fue una de las armas blancas más empleadas durante la Violencia bipartidista.

Pelado: Niño o adolescente // Según el contexto de la oración también significa estar sin plata.

Planear (planchar): Golpear con una peinilla o machete. También se puede referir a acabar con la vida de una persona con un arma de fuego.

Placas huellas: Son placas hechas en concreto reforzado dispuestas en el suelo y con una separación en piedra fija en concreto.

Plomo: Bala o acción de disparar contra alguien.

Poleo: Planta de aroma fuerte y penetrante.

Rancha: Comida hecha por guerrilleros.

Rancho: Casa o finca propia.

Rastrojo: Conjunto de restos, tallos y hojas que quedan luego de cortar un terreno.

Recalzado: Aquellas personas que se cambiaban de bando político y traicionaban a su partido (conservador o liberal).

Recocha: Molestar o jugar con personas conocidas.

Recodito: Lugar pequeño ubicado en las faldas de las montañas.

Recostado: Persona mantenida económicamente.

Rendir: No es suficiente la comida o el dinero para subsistir.

Reventado: Persona que no cuenta con los suficientes recursos económicos o tiene demasiadas deudas.

Revuelto: ingredientes para el sancocho.

Remesas: Dinero enviado desde el extranjero con el fin de sostener a la familia en el lugar de origen.

Ricachones: Expresión calificativa de las personas que poseen mucho dinero.

Sacar la espinita: Cobrar venganza luego de que pasa mucho tiempo.

Taita: Papá o una persona que posee gran sabiduría.

Tajada: Gran porcentaje de dinero que se llevan los intermediarios para sacar sus productos al mercado.

Tambos: En este contexto se refiere a casas o albergues.

Tapia: Muros formados con tierra arcillosa que se compactan a través de un sistema conocido como encofrado.

Testaduro: Se refiere a una persona intransigente, difícil de convencer y ruda.

Trabado: Persona que está bajos los efectos de la marihuana.

Trancado: Gran cantidad de comida servida a una persona.

Tirarse: Permanecer durante varios días en una vía principal movilizándose frente a las demandas exigidas por una población.

Tomas: Llegada coercitiva por parte de actores armados a una población civil

Para la diagramación se utilizaron los caracteres
Georgia y Frutiger
Agosto 2020

El conocimiento es un bien de la humanidad.
Todos los seres humanos deben acceder al saber.
Cultivarlo es responsabilidad de todos.

Los relatos de este libro evocan la experiencia significativa de los pobladores del municipio de Quinchía, ubicado entre las montañas del suroccidente de Risaralda. Están contruidos con la intención de ofrecer luces sobre una población invisibilizada e “incómoda” para las élites regionales, debido a sus identificaciones políticas endógenas. Las fuentes orales de los relatos revelan una comunidad que cuenta con una experiencia social, cultural, histórica de un valor profundo para los procesos de memoria y paz del país. Ese valor ha sido puesto a prueba en distintos momentos de su historia, sin embargo, las memorias individuales de dolor, esperanza y transformación parecieran reunirse bajo la horma de una memoria colectiva de resistencias cotidianas.

En este sentido cuando se aborda un lugar golpeado por la guerra, es posible que evoquemos las imágenes de poblados asolados por la devastación, centros en ruinas, extensos cordones de marginalidad o campos resecos con fincas campesinas abandonadas. Pero las huellas del daño no se presentan siempre de la misma manera, y Quinchía es uno de esos lugares dónde la guerra no dejó esos mismos paisajes. Los graves acontecimientos ocurridos en el municipio se han camuflado entre la belleza del territorio, el verde intenso pigmentado de cafetales, el clima benigno, las fuentes potables de agua, así como la amabilidad de los habitantes, y un pasado y presente indígena resistente.



KATHOLISCHE UNIVERSITÄT
EICHSTÄTT-INGOLSTADT



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Ediciones
desde abajo



ISBN: 978-958-5555-34-1



9 789585 155534 1